

II. JACINTO MIQUELARENA, *SPORTMAN* Y VIAJERO

II.1. La fragilidad de la elegancia.

La elegancia requiere voluntad y perseverancia. Aunque parezca innata en algunos individuos, es frágil como cualquier convención. El viento de la Historia o un destino adverso pueden destruir lo cultivado durante años hasta constituir una seña de identidad. Quedan entonces los restos de unos modales o unos detalles en el vestuario y los complementos, que resultan anacrónicos en un entorno cuyo canon todavía se perfila como una apuesta de futuro; son los indicios del pasado, su imagen permanece como un recuerdo o un desafío en contradicción con lo primario de un momento histórico imprevisto donde el norte es la supervivencia. También son signos que distinguen, pero abocados a la insignificancia frente a lo abrumador de una realidad impuesta de manera abrupta.

A partir del 18 de julio de 1936, en Madrid, los elegantes encontraron motivos para desprenderse de sus señas de identidad y no solamente por el calor de aquellas fechas. Los sombreros flexibles y ligeros como una pluma, las corbatas de seda y los trajes de lino eran pruebas de elegancia, pero también de una condición social que provocaba recelo, y hasta odio, en un marco revolucionario. El fracaso del golpe de Estado en la capital exacerbó los ánimos y dejó tambaleante el orden republicano. La prudencia del disimulo se impuso entre los elegantes. Ni siquiera convenía saludar a las señoras con una leve inclinación de cabeza para tocarse el ala del sombrero.

El odio de los colectivos sociales se concentra en un objetivo nítido. Su perfil obvia los matices del intelecto o los recovecos de la argumentación. El odioso se convierte en un bulto, sin apenas margen para la singularidad a la vista de quienes le desean lo peor. Su presentación mediante un subrayado caricaturesco facilita la cohesión de los grupos que comparten esa aversión como un rugido. La necesidad de víctimas propiciatorias para saciar este sentimiento, reforzado por la colectividad, prescinde de cualquier razonamiento.

Los signos externos son equívocos a veces, pero aparecen entonces como una diana de fácil identificación. Así sucedió con quienes vivían en una sociedad polarizada donde tantos individuos, sin tiempo ni voluntad para la reflexión, pretendían lucir uniformes y desfilar. Marcaban el paso con el orgullo, aderezado por la conveniencia, de sentirse partícipes de una masa cuyas siglas amparaban el comportamiento gregario. La tendencia a la uniformidad también incluyó a los elegantes sorprendidos en Madrid. Al margen del calor de julio, convenía olvidar ciertos modales y desprenderse de algunas prendas hasta entonces imprescindibles como distintivo de clase. El periodista José Luis Salado sólo recordaba a dos o tres héroes de la elegancia que conservaron sus «flexibles» durante el verano de 1936: «El 18 de julio comenzó en Madrid el imperio de la boina y el mono azul» (*La Voz*, 4-IV-1937).

El golpe de Estado dividió el país y propició un movimiento revolucionario en una II República tan colapsada como desbordada. El enemigo de «los leales» era la reacción, «el fascismo» de los cavernícolas, que pronto aparecería en la prensa como una realidad simplificada y de la otra orilla para alentar la movilización. La caracterización de los sublevados se mostraba con los perfiles de la caricatura. Los propagandistas la trazaban a golpe de consigna y su maldad, sin límites, resultaba ajena a la idiosincrasia de la España leal al régimen republicano. Sin embargo, en Madrid y otras capitales donde fracasó el golpe nadie identificaba este concepto, la reacción, más allá de su concreción en individuos cercanos, al alcance de cualquier experiencia cotidiana. El fascismo como enemigo provisto de etiqueta necesitaba rostros y el retrato robot puesto en circulación por los propagandistas apenas contaba con el trazo de unas líneas, que permitían un amplio margen de interpretación y error. Las consecuencias de esta imprecisión resultaron trágicas durante el verano de 1936.

Los elegantes no eran necesariamente reaccionarios, ni mucho menos fascistas por definición. No obstante, su estigma permaneció en la memoria de quienes buscaban venganza tras aplastar la sublevación del Cuartel de la Montaña. Las imágenes de aquel patio repleto de cadáveres todavía estremecen. A pesar de la tradición literaria e historiográfica, las masas no

siempre son ciegas cuando reaccionan con el pánico de quien se juega su supervivencia. El símbolo de esa irracionalidad, la ceguera, suele resultar más efectista que ajustado a la realidad. Su arbitrariedad funciona como motivo creativo en las obras de ficción y diluye las responsabilidades históricas, a veces incómodas para quienes debieran analizarlas. Sin embargo, en el Madrid del verano de 1936 tampoco convenía fiar la vida a una probabilidad de acierto o lucidez de «las turbas».

La prudencia aconsejaba desprenderse de cualquier signo de elegancia a partir del 18 de julio y evitar, además, su recuerdo entre los vecinos y los porteros de las casas, ahora considerados héroes por su fidelidad al señorito o delatores por informar de su presencia como emboscado. El problema se agravó cuando, a lo largo de aquellas jornadas de paseos y cunetas, numerosos elegantes también se desprendieron de una forma de ser que hasta entonces, y con matices, les había distinguido. El odio suele ir de la mano del nunca confesado miedo al adversario. Arrasa entonces lo cultivado durante años como símbolo de distinción y la combinación de ambos sentimientos se convierte en una antesala de la vulgaridad. Su presencia equipara en lo chabacano a quienes la comparten como estímulo de la violencia, aunque militen en bandos enfrentados.

Jacinto Miquelarena Regueiro (Bilbao, 11-I-1891-París, 10-VIII-1962) era un caballero acorde con el gusto viril de la época. Su apariencia de *sportman* revelaba una juventud fascinada por el estadio, el motor y el jazz-band, mientras Hércules –según Ernesto Giménez Caballero (1928)- jugaba a los dados para celebrar el deporte, el cine y el azar del cubilete. Jacinto Miquelarena también exhibía las maneras de un elegante, capaz de disertar en la prensa monárquica sobre «el gusto de la maleta». Este refinamiento distinguía a los países donde los caballeros, a diferencia de lo observado en España, no viajaban en primera con equipaje de tercera. La llamada de atención del periodista constituía una lección de clase y cosmopolitismo. Sus destinatarios eran unos compatriotas poco avezados en el disfrute del *wagon-lit*, aunque deseosos de sacudirse cualquier indicio del pelo de la dehesa. Educado como un señorito en colegios de Burdeos, Liverpool y Londres, el viajero vasco había disfrutado en Holanda - «El paraíso de la bicicleta» o «El país de la tarjeta postal»- y Gran Bretaña.

Ambas experiencias le proporcionaron el placer de lo exquisito sin caer en la estética de lo decadente. Jacinto Miquelarena no podía, por lo tanto, soportar que los españoles utilizaran maletas de «cartón; con lona al tanino» y «cerraduras de hierro barnizado»; es decir, que viajaran «con alpargatas» (1931:10). El riesgo era terminar compartiendo las groseras viandas de quienes convierten el apetito en hambre.

La calidad de los viajeros por placer era una consecuencia de la cantidad, aunque este último parámetro apenas interesara a un Jacinto Miquelarena insensible a lo social o lo estadístico. «Aquí se viaja muy poco» (*La Tierra*, 23-II-1930), afirmó por entonces José Luis Salado, otro joven periodista dispuesto a cruzar la frontera para sentir con más fuerza el impulso de su época: «Demasiada Puerta del Sol, demasiada calle de Alcalá. Esto tendrá carácter madrileño. Pero no basta. Hay que salir del patio. Que no veamos siempre los mismos rostros. Además, eso del madrileñismo resulta bastante aburrido» (*La Voz*, 6-I-1928). El vasco se encontraba en las antípodas ideológicas de su colega, pero compartía el rechazo de lo castizo que, en su caso, también pasaba por «el gusto de la maleta» y el refinado proceder de quienes se consideraban elegidos por el destino.

La elegancia del periodista estaba en sintonía con la modernidad de la época. Este concepto lo concretó en la sobria naturalidad de los citados países europeos o en el espíritu deportivo de los Estados Unidos. Alejado del terruño y enemigo del nacionalismo que asociaba con la aldea, el bilbaíno satisfizo su «hambre de ver» (1929:19) e hizo uso de la maleta. A diferencia de la mayoría de sus compatriotas, para Jacinto Miquelarena, desde su infancia, este complemento distaba de ser un «elemento lírico»: «[La maleta] Está tan lejos de los españoles que los poetas españoles la han cantado. Como han cantado a Venus. Y a las fuentes de Versalles. En fin, a cosas de las que se tienen ideas muy remotas» (1931:10). El periodista ironizaba con aires de superioridad a la búsqueda del asentimiento y la complicidad de otros elegantes dispuestos a sonreír.

El sábado 18 de julio de 1936, Jacinto Miquelarena tendría listo su equipaje. El compromiso requería una concienzuda selección de prendas. El

lunes 20, el periodista iba a volar en un avión de Lufthansa con destino a Berlín. Viajaba como corresponsal de *ABC* en los XI Juegos Olímpicos de aquel verano y director del semanario *Campeón* (1932-1936). La delegación española de atletas era testimonial y, tras pasar por diversas vicisitudes, acabó ausente a causa de la guerra civil. Antes de que estallara, en Barcelona se había organizado una alternativa: la Olimpiada Popular, con una inequívoca identidad republicana frente al despliegue de los nazis. Su celebración estaba prevista para la semana del 19 al 26 de julio, pero fue suspendida por el inicio de un conflicto donde tantos deportistas protagonizaron historias singulares.

ABC menospreciaba las veleidades republicanas y populares en materia deportiva. La noticia estaba en Berlín. El periódico había decidido mandar a su corresponsal al escenario de las noticias relevantes del olimpismo durante aquel verano, que consagró al plusmarquista Jesse Owens, un negro, mientras el medallero alemán alcanzaba una victoria ajustada a las expectativas de los nazis. La supuesta humillación de Hitler en el estadio berlinés sólo fue el fruto de la imaginación de quienes necesitaban aferrarse a cualquier victoria.

La maleta del periodista sería de cuero, acorde con la elegancia de un país al que terminaría acudiendo cuatro años después, aunque para dar cuenta de unas disputas más cruentas como corresponsal de guerra. El viaje a Berlín se pospuso porque, a resultas de aquel caluroso fin de semana de 1936, Jacinto Miquelarena se vio rodeado de tipos «con alpargatas y descuido barberil»:

Madrid se poblaba de automóviles erizados de escopetas y fusiles. Gente del pueblo armada ocupaba los coches, gritando, blasfemando, apuntando a las ventanas. Era un carnaval de armas de fuego, de actitudes de reto, de aullidos. Las madrigueras de Madrid daban torrencialmente su hampa, su choricería, su flamenquismo (1938a:39).

Los milicianos lucían monos incapaces de perfilar la figura o camisas tan arremangadas como necesitadas de plancha. Sus cabellos alborotados coronaban rostros con descuido barberil, sonrisas desafiantes y colillas en las comisuras, siempre al borde de la consumición porque las manos andaban ocupadas en mostrar las armas a la cámara. De esta guisa, ajena al flamenquismo y el hampa que exhibían el atildamiento del pretencioso o el chulo, los milicianos reivindicaban una identidad opuesta a la convención de los

elegantes. Salidos de «las madrigueras», andaban enfurecidos y bravucones por las calles de la capital, incluso por barrios que apenas conocían. Sus patrullas estaban dispuestas a descubrir que, en el domicilio de Jacinto Miquelarena, «había un cuarto de baño, seis o siete botellas de vino de Burdeos, dos latas de foie-gras y una cocinera excelente», porque el inquilino era vasco, de Bilbao (1938a:24). Al igual que su amigo Agustín de Foxá, «no podía, pues, ocultar ni mi burguesía ni mi fastuosidad», como reconoce en un tono irónico aprendido en la escuela del humor que algunos asocian a lo inglés y, en realidad, era la compartida con sus amigos de *Buen Humor*, *La Ametralladora* y, finalizada la guerra, *La Codorniz*.

II.2. Los primeros pasos de un periodista.

Jacinto Miquelarena gustaba de lo singular y distinguido. Junto con su amigo Rafael Sánchez Mazas y otros «señoritos» de la época –Pedro Murlane Michelena, Ramón de Basterra, Fernando de la Cuadra Salcedo...-, había compartido la consideración del Bilbao de sus primeros pasos literarios y periodísticos como una Atenas; o una nueva Arcadia lejos del atavismo nacionalista, «fabricado a base de ruralismo artificial, orfeón y onomatopeyas» (1937:93). En ese parnaso de «la ciudad de charol», el periodista degustó la prosa exacta y el verso con retórica de mármol de sus contertulios del café Lyon d'Or, en la Gran Vía. Allí ejerció de elegante, aunque de segunda fila porque sus intereses lindaban a menudo con lo frívolo.

El tono de Jacinto Miquelarena preservaba la armonía en su búsqueda de la síntesis. Su pretensión *d'être à la page* no pasaba por la ruptura del equilibrio de los clásicos. La tradición le aportaba una solera compatible con la audacia de escribir en las hojas volanderas sobre la novedad del deporte. La clave radicaba en una selección ajena al imperativo de los gustos compartidos por las masas y su tratamiento periodístico con el distanciamiento del humor. La temática de sus artículos cuando colaboraba en otras secciones exhibía una modernidad de cosmopolita y permanecía inmune al bizkaitarrismo, introducido «por la ruta del vino y del chacolí y basado en la torpeza campesina, que era de buen gusto

exagerar para hacer raza» (Ibíd.). El bilbaíno nunca perdonó semejantes torpezas de sus coterráneos. Sin necesidad de vislumbrar las derivas del futuro, el periodista comprendió que el significado del bizkaitarrismo iba más allá de la ruta del vino y el chacolí.

En la misma capital vizcaína, Jacinto Miquelarena no podía competir en erudición o refinamientos del intelecto con otros colegas, pero encontró la nota de su singularidad al convertirse en un precursor de la prensa deportiva, cuando pocos apostaban por el porvenir de semejante excentricidad:

Entre nosotros, muchos siguen creyendo que el deporte es la animalidad organizada. Son los que se imaginan que la posibilidad de captar emociones, de percibir los vientos más finos, es una exclusiva de las almas que desdeñan su carrocería; son los que se resignan a que su cuerpo sea la primera fosa de su esqueleto. Esto es demasiado viejo ahora (1934:10).

La modernidad de quienes apreciaban su «carrocería» pasaba por el chispazo del ingenio. La pluma ágil del periodista descubrió, gracias a su tendencia a la greguería, que los jugadores de polo eran «los rejoneadores del hockey» y captó la trascendencia de un fenómeno en expansión durante la década de los veinte: el sport.

Algunos jóvenes y modernos veían con espanto esas prácticas en pantalón corto y al aire libre. Wenceslao Fernández Flórez sonreía ante semejante tesitura, tan poco decorosa cuando las piernas son canijas, y hasta la consideraba perjudicial para quienes habían acostumbrado sus pulmones al humo de las oficinas. La benevolencia presidía su retrato de los empleados de Bofarull y Cía en *El malvado Carabel* (1931), pero algunos colegas de la prensa reaccionaban con vehemencia porque temían la estupidez de quienes pasaban demasiadas horas al aire libre: «Conviene decirlo pronto, a voz en grito, con toda la fuerza de nuestros pulmones. Porque nosotros tenemos veintidós años y no es cosa de que, por razón de nuestra edad, se nos incluya en la estúpida y estéril generación deportiva de hoy. Conviene –nos conviene- decir pronto nuestro horror a la pasión por el deporte», afirma José Luis Salado. El periodista la considera «la única pasión perjudicial, la única pasión inútil» y teme que «los muchachos en la flor de la vida», lejos de los libros, sean «mañana el eterno señorito de España» (*La Voz*, 28-V-1926).

Jacinto Miquelarena nunca albergó temores sobre la expansión de los señoritos. Su presencia formaba parte de un paisaje inmutable. A diferencia de su colega, el vasco confiaba en la compatibilidad de la lectura con el fútbol y fundó la revista *Norte Deportivo*. Su corta andadura le permitió emprender en la capital vizcaína la aventura del *Excelsior*, a partir del 31 de marzo de 1924. El primer diario deportivo publicado en España alcanzó una tirada media de veinte mil ejemplares, que triplicaría gracias a la organización de la pionera Vuelta Ciclista al País Vasco en 1929. Años después, el periodista bilbaíno popularizaría en sus crónicas del Tour de Francia para *ABC* expresiones como «serpiente multicolor» y «gigantes de la ruta» (Olmos, 2002: 487). Sus hallazgos en materia retórica tendían a la síntesis de lo breve. El periodismo deportivo debía prescindir de lo plúmbeo porque aspiraba a divertir a un lector impaciente y joven. Ahora, relegado el ingenio en aras de la rentabilidad y la audiencia, algunos de esos hallazgos son tópicos sin paternidad reconocida y la impaciencia justifica cualquier barbaridad en materia estilística.

Jacinto Miquelarena dirigió *Excelsior* con clarividencia de emprendedor y creó un estilo de crónica. Su fundamento era el apunte leído con una sonrisa, que se haría más evidente en sus colaboraciones para el semanario *Buen Humor* (1921-1931). Al frente del mismo estaba Pedro Antonio Villahermosa, *Sileno*, y la revista fue una pieza clave en la renovación del humor emprendida por la generación de Miguel Mihura, Enrique Jardiel Poncela y el periodista bilbaíno. El éxito jalonó la trayectoria inicial de este último en la prensa deportiva. Sin embargo, Jacinto Miquelarena abandonó la dirección del *Excelsior* por problemas con la empresa editora del nacionalista Javier de Gortázar. Bilbao había dejado atrás su *belle époque* con la tertulia españolista del café Lyon d'Or, la Escuela Romana del Pirineo y el cine-club, que reunirían a los más selectos de aquellos elegantes.

El periodista contó con el apoyo de su amigo Luis Urquijo, marqués de Bolarque, para trasladarse a Madrid en octubre de 1930. El futuro pasaba por colaborar en las publicaciones de Prensa Española como cronista deportivo¹ y,

¹ Jacinto Miquelarena es un precursor del periodismo deportivo. *Stadium* recopila una treintena de trabajos donde aborda una interpretación de la vida deportiva, con análisis de sus antecedentes e intuición del futuro, como indica Luis de Galinsoga en *ABC* (11-IV-1934). Antonio

desde 1932, ser corresponsal de *ABC* en París y Londres². Viajar era su pasión hasta el punto de que López Sancho, en su necrológica, le definió como «viajero de todos los grandes expresos internacionales, perito en las más largas rutas aéreas y práctico en periplos náuticos» (*ABC*, 11-VIII-1962). Gracias a esa experiencia, Jacinto Miquelarena a finales de 1935 manifiesta su propósito de elegir las aventuras de Robinson Crusoe, como «vademecum del perfecto naufrago», en el caso de trasladarse a una isla solitaria, aunque aprovecharía la ocasión para proveerse de los discursos de Alejandro Lerroux a modo de «arma arrojadiza» (VV.AA., 1935: 185). La ironía todavía resultaba compatible con la sonrisa en un *Almanaque* donde coinciden las firmas de quienes se enfrentarían a muerte pocos meses después. Llegada la madurez, ese humor estaba teñido de melancolía y viajar también era un oficio que le acompañaría hasta el suicidio.

La polarización ideológica parecía inevitable cuando tantos intelectuales habían decidido lanzar la moneda al aire. Durante los años treinta, Jacinto Miquelarena se convirtió en un habitual de la tertulia de La Ballena Alegre, la cripta del café Lyon en la calle Alcalá, donde se agrupaban «todos los dolientes de la República [...] o, si se prefiere, la flor de los dolientes» (1938a:15). Allí este vasco recio, siempre bien vestido, conoció al líder de los falangistas: «Un día se acercó un mozo de frente despejada y ojos azules. Llegó con toda su vehemencia, con una claridad de mediodía, con el amor a España, con el desprecio a todo lo que corrompía en el país, con asco por la derecha y con asco por la izquierda: se llamaba José Antonio Primo de Rivera» (1938a:124). El periodista se integró en la corte literaria de quien auguraba el Amanecer rodeado de poetas que cultivaban un imposible: la simbiosis de la grandilocuencia y la sobriedad. La flor de los dolientes se sentía ungida por «el mozo de frente despejada y ojos azules», dispuesto a barrer cualquier asomo de vulgaridad

Gallego Morell subraya el humor, la excelente prosa y el conocimiento del tema como características de un volumen «sorprendente dentro de la tónica general de nuestras letras» (1969: 81).

² Jacinto Miquelarena compaginó la corresponsalía en Londres con la del *Diario de Barcelona* (López de Zuazo Algar, 1981). También se afirma que colaboró en el semanario *Ciudad* (1934-1935), dirigido por Víctor de la Serna. En los diecisiete números conservados en la BN, sólo he encontrado una entrevista a Jacinto Miquelarena con motivo del estreno de *El joven piloto* (n.º 1, 26-XII-1934). No obstante, el semanario sería del agrado de un elegante como el vasco, que se ocultaría debajo de alguno de los seudónimos utilizados en unas páginas repletas de coches de lujo, carreras de caballos y recomendaciones para cultivar el más exquisito gusto.

porque también era un elegante que leía con interés los vaticinios de Ortega y Gasset: «Se acerca el tiempo en que la sociedad, desde la política al arte, volverá a organizarse, según es debido, en dos órdenes o rangos: el de los hombres egregios y el de los hombres vulgares» (1925:15).

Gracias a un falangismo más retórico o pomposo que ideológico, Jacinto Miquelarena descubrió el encanto de una conspiración donde sólo los gregarios empleaban los puños y las pistolas. El bilbaíno sabía mirar a otro lado para no afrontar estos accidentes del prosaísmo, mientras era comensal –vestido de esmoquin- de las Cenas de Carlomagno en el madrileño hotel París. Allí degustaba platos exquisitos junto a Dionisio Ridruejo, Agustín de Foxá y otros correligionarios dispuestos a singularizarse en aquella capital poblada por lectores de *El Herald* o *El Socialista* y émulos de Julián, el protagonista de *La verbena de la Paloma*: «Se empieza llevando la americana al brazo y se acaba incendiando edificios para que las ciudades se calienten bien y sea posible andar por las calles en camiseta» (*ABC*, 23-VI-1939). La relación causa-efecto prescindía de la prueba documentada o la simple justificación, pero gozaba del encanto de lo observado con ingenio. «La americana al brazo» parecía abocada a la revolución. Esta perspectiva de gentes «en camiseta» provocaba la alarma de quienes compartían mesa con el espíritu de Carlomagno, tan solicitado por entonces. La publicación de *Dolor y memoria de España en el segundo aniversario de la muerte de José Antonio* (Barcelona, Jerarquía, 1939) permitió a Jacinto Miquelarena recordar esas ceremonias gastronómicas con el orgullo de los elegidos:

Un sillón sobre el que se colocaba una piel de corzo, como homenaje al invitado que no vendría, presidía las famosas cenas de Carlomagno. La piel pertenecía a José Antonio, que la había enviado desde su casa. Se mandaba hacer fuego de leña en la chimenea; y sobre el mantel, impecable y muelle por el grosor del muletón, tres candelabros con sus velas correspondientes iluminaban el convite [...] Estaba claro que aquello equivalía a una protesta contra la Puerta del Sol, zoco de las peores pasiones políticas y de las más viles, lanzada desde el mismo borde de aquel asfalto para limpiabotas, para flamencos, para cafés con consumidores de ‘solitario’ y uña larga, para ‘desesperaciones’ de Espronceda y para periodistas del *Herald* (pp. 186-187).

Las «desesperaciones» del poeta romántico suponían una desmesura sin norte ni espíritu en materia poética. La tragedia del amor imposible era una memez de melenudo que sólo impresionaba a los simples del *Heraldo*. La alternativa apostaba por la reciedumbre de los elegidos. El 3 de diciembre de 1935, en una velada mil veces evocada, el periodista de *ABC* aportó un par de versos a la letra del himno falangista (1938a:125)³. Aquellas palabras fueron las más provechosas de su trayectoria. Mientras tanto, Jacinto Miquelarena disertaba en el semanario *FE* sobre el ejercicio físico en grupo como «creador y plasmador del patriotismo». La meta era un estilo viril y poético de vida. Apenas un paso adelante, casi inevitable en determinadas circunstancias históricas, con respecto a otro de los vaticinios de Ortega y Gasset: «El triunfo del deporte significa la victoria de los valores de la juventud sobre los valores de la senectud» (1925:51). La frase goza del atractivo de lo lapidario, pero la combinación del lenguaje deportivo con «los valores» puede tener unas derivas más lamentables que la derrota en las canchas. El bilbaíno también defendía «el deportismo» de la juventud frente al régimen parlamentario, propio de la senectud y de quienes asesinarían al Fundador en 1936: «Le mató la caspa y la cochambre y las gafas de carey del Ateneo. Le mató el maestrillo y la casa de huéspedes. Le mató la España envidiosa y pseudointelectual, hecha de bestia y de Freud a partes iguales» (*ABC*, 20-XI-1938).

Materialismo sin alma, cutre y asesino, en definitiva. Jacinto Miquelarena nunca perdonó sus crímenes. Así lo demostraría en artículos publicados durante los meses posteriores al final de la guerra, cuando definía a Picasso como «geómetra de la imbecilidad» y a Vicente Blasco Ibáñez como «el Zola del botijo» (*ABC*, 30-VI-1939). La lectura de «El Ateneo no existe» (*ABC*, 10-XI-1939), «El sinsombrerismo» (*ABC*, 4-V-1939) y, sobre todo, «Exhibiciones de crimen a domicilio» (*ABC*, 21-V-1939)⁴ evidencia que el *sportman* había alterado su

³ El falangismo de Jacinto Miquelarena le llevó a escribir un emocionado artículo con motivo de la llegada a la capital del féretro del líder: «Por lo ancho de Madrid –por sus grandes ríos al sol– ha pasado el cadáver de José Antonio. Nunca, quizá, avanzó un navío con más dolor en su obra muerta, y con más azul en la arboladura. Entre el silencio. Inmóvil la muchedumbre. Estremecida la ciudad al ritmo de los pasos ásperos de dieciséis camaradas que llevaban al Mártir» (*ABC*, 30-XI-1939).

⁴ Al referirse a los campos de concentración donde los exiliados permanecían hacinados, Jacinto Miquelarena escribe: «Es un poco triste que Francia haya tenido necesidad de estudiar sobre

sentido de la elegancia; incluso algo peor todavía. Ya durante la contienda mostró su aristocrático desprecio por el republicanismo porque pensaba que, en el otro bando, los horteras coparon el poder («Los que eran republicanos», *ABC*, 23-V-1938). El gastrónomo vasco sonreía mientras recordaba que la esposa del ministro Marcelino Domingo, un maestro, «quería abrumar a sus amigas invitándolas a mortadela». Los advenedizos de la República sufrieron las ironías de Julio Camba, otro gastrónomo, porque estaban deslumbrados por su nuevo status y eran incapaces de reconocer la jerarquía de las viandas. El objetivo resultaba inalcanzable para quien por nacimiento y condición sólo podía aspirar a la docencia en una escuela. El gesto de sonriente complicidad de Jacinto Miquelarena se convertiría en una mueca cuando, con esos mismos artículos, terminó alentando la represión contra quienes se habían atrevido a ocupar el poder sin dejar de ser unos horteras. La elegancia de los elegidos lo justificaba todo, incluso la violencia.

Jacinto Miquelarena era, poco antes del inicio del conflicto, el anónimo autor de una sección de *ABC* titulada «Punto y Aparte»: «pequeños párrafos agresivos, mejores o peores, pero duros, mordaces, que se clavaban como dardos en el sentimiento del ridículo del adversario» (1938a:21). Su humor se había convertido en una descalificación del adversario similar a las prodigadas en revistas satíricas como *Gracia y Justicia*. Órgano extremista del humorismo nacional (1931-1936)⁵: «Leemos este anuncio: “Pérdida de perra loba. Atiende por Chula. Se gratificará”. Inútil. A estas horas hace la revolución. Ella también...» (*ABC*, 2-X-1934). Los puntos suspensivos cobran sentido al recordar la represión con que pocos días después fue sofocada la revolución en Asturias. Las medias tintas sobraban cuando se trataba de erradicar la amenaza proletaria. Jacinto Miquelarena sería, en octubre de 1934, partidario de olvidar

sus propias tierras los usos y costumbres de los rojos españoles más vulgares para enterarse de cómo son todos y de cómo eran. Hasta hoy, este sistema era utilizado exclusivamente con los monos, los pelícanos, las aves de rapiña y el jaguar del Chaco, que algunas naciones reúnen en unos jardines con jaulas, divisorias de tela metálica, etc., que llaman jardines zoológicos. Por excepción, se habían visto en París o Londres *villages* negros o indios, que permitían vulgarizar la cultura de los pamúes entre los habitantes de la *rue* de la Pompe o de Hyde Parl Corner» (*ABC*, 21-V-1939).

⁵ La revista alcanzó tiradas de doscientos mil ejemplares gracias a una sátira antirrepublicana que recuerda al humor ultra que floreció durante la Transición. Su director, Manuel Delgado Barreto, también dirigió *El Fascio* (1933) y fue asesinado en Madrid (noviembre de 1936).

su deseo de que «el sentido sportivo» y caballeresco llegara a la política: «No comprenderé nunca por qué en esta lucha el hombre ha de ser lobo para el hombre; por qué no ha de ser, sencillamente, adversario leal y alegre» (1934:21).

Las vísperas del Alzamiento también fueron preparadas por los lobos de la prensa⁶. Ese añorado y alegre adversario se convirtió en un enemigo cuya derrota requería el recurso de los colmillos afilados. La convivencia quedó condenada en nombre de intereses presentados con la etérea apariencia de lo indiscutible y mayúsculo: la Civilización, el Cristianismo, España... Llegado el momento de la verdad, no cabía la menor duda acerca de la filiación de un Jacinto Miquelarena volcado en la lucha, pero sin perder su compostura porque comprendía «la necesidad de pasar por la vida con una sonrisa de juventud» (1934:25). Apenas la captarían sus enemigos políticos cuando leyeran la citada sección de *ABC*, aunque Miguel Ángel Astiz en su necrológica afirmara que el periodista vasco conservó «su propio estilo de pegar sin herir» (*ABC*, 22-VIII-1962). La elegancia como rasgo definitorio de una personalidad consigue a menudo difuminar las inconveniencias del pasado.

El bilbaíno pertenecía a «una época en que se hacía sport con grandes bigotes retorcidos y ondas en el cabello» (1934:47). La suya era una tradicional escuela de caballeros donde molestaban los espectadores fanáticos; es decir, los propiciados por la conversión del deporte en una actividad profesional y un fenómeno de masas. Jacinto Miquelarena lamentaba la presencia de estos vociferantes en unas crónicas escritas con estilo chispeante y ágil, más proclives a las hazañas de la aeronáutica o la hípica que las futbolísticas, también narradas sin caer en las menudencias de una liga regional. En sintonía con los universitarios falangistas de *Haz*, el vasco pensaría a menudo que el fútbol era un espectáculo para las masas «sin idea, ni estilo, ni luz», incluso «un bacilo deportivo que atrofia al resto de los juegos nacionales» (nº 11, octubre, 1935). Un bacilo contagioso para quienes pretendían elevar «la robustez de la raza» de

⁶ Jacinto Miquelarena fue uno de esos lobos. Su visión de los meses anteriores a la guerra justifica el golpe de Estado: «Decididamente, el Frente Popular dominaba a España. Bajo una apariencia de legalidad, de cristalización democrática, iban a empezar, en serio, con saña, con veneno, con odio animal, las persecuciones y el exterminio de lo que no fuera Carlos Marx o laicismo o demagogia; de lo que no hablase el esperanto del internacionalismo y de la lucha de clases» (1938:31).

acuerdo con el dictado de Ramón y Cajal, pues hasta el mismísimo Ausente, en la cárcel de Alicante, organizó partidos de tan vulgar deporte poco antes de ser fusilado. El Ideal sufría los embates de la realidad.

Las crónicas de Jacinto Miquelarena lamentaban el fanatismo de los espectadores de un deporte profesionalizado, pero eran leídas por quienes alentaban un fanatismo –con idea, estilo y luz- para combatir a los fanáticos del otro bando. Mientras tanto, el periodista rechazaba en sus artículos la imagen de la bohemia pobretona de los «desgarrados y excéntricos»⁷, impuesta por Francia y novelada por Juan Manuel de Prada. El vasco la contraponía a una generación deportiva «más sana, más generosa y más optimista». Su irrupción «traía claridad y un ímpetu desconocido» (1934:9) a la atrasada España, cuando los cultivadores de «la literatura del desastre» la suponían sin pulso, gracias a un diagnóstico que prescindía de los datos inconvenientes o los menospreciaba. El canto a la Juventud como ímpetu arrollador y libre del ancla de la razón fue compartido por los extremistas de ambos bandos. Ahora, cuando esa retórica de tantas publicaciones e imágenes ha quedado obsoleta, permanece como un motivo para la ironía. Resulta gratificante, pero nunca debiera dar la sensación de lo superado. La ausencia de pulso, el dolor de España y la necesidad del sanador también perviven como motivo de reflexión, sin fecha de caducidad, porque sus partidarios han mercantilizado esos tropos en sintonía con los tiempos.

Así, pues, la filiación de Jacinto Miquelarena estaba lejos de cualquier duda en julio de 1936: «Yo figuraba en la lista de cadáveres que había que ofrecer a Moscú» (1938a:22), afirma con el orgullo de quien se sabía a salvo del destino de su compañero Ramón Martínez de la Riva, fusilado en Madrid como otros mártires del *ABC* «asesinados por la horda marxista»⁸. Jacinto Miquelarena les recordaría lejos de la capital, mientras realizaba actividades propagandísticas al servicio de los sublevados. El periodista había abandonado el propósito de

⁷ El rechazo aumentó al mezclarse con cuestiones políticas, como en el caso de Pedro Luis de Galvez, «famoso por sus harapos y por su nomadismo de café» cuando «se decía que nadie que tuviera cuarto de baño podía tener talento» (1938:145).

⁸ El 9 de diciembre de 1939, el ministro de Gobernación, Ramón Serrano Suñer, descubrió una lápida en la redacción del periódico para perpetuar «los nombres de los mártires de *ABC*». Véase la relación de los mismos en el número del 10 de diciembre de 1939, p. 13.

escribir exclusivamente «libros regocijantes», con un estilo «algo americano [por moderno], rico de contrastes, de ingenio, de imprevisto, de gracia personal», según Eusebio Zuloaga. Su redacción comportaba una elegancia basada en un equilibrio inestable. La localización de ese punto de armonía fue borrada por un tiempo donde el mono azul o la chaqueta cortada en Londres podían concretar la imagen de dos mundos contrapuestos.

II.3. Evadido y propagandista.

La propaganda política e ideológica es un producto sin garantía que goza de la inmunidad de lo efímero. Su objetivo se cifra en una respuesta rápida e intensa, que apenas pasa por la lectura o la contemplación de carácter reflexivo por parte del destinatario. Las consignas se repiten durante un período, pero nunca se dejan madurar hasta el punto de admitir matices que difuminarían su efecto. El verdadero enemigo del propagandista es la perspectiva aportada por el tiempo. Sus textos, leídos cuando las circunstancias que los motivaron pertenecen a la Historia, pueden resultar paradójicos. Así sucede cuando se relacionan con una lógica o una evolución no previstas por quien confiaba en unos destinatarios concretos, predispuestos a aceptar los mensajes gracias a la inmediatez y la intensidad.

Entre los sublevados abundan los testimonios propagandísticos escritos por evadidos de la España republicana. Según José-Carlos Mainer, «durante años, el manjar literario más prodigado son los libros que recogen el anecdotario sangriento de la vida en la España republicana durante la guerra civil. La burguesía atemorizada venga de esta manera los agravios inferidos por la 'horda' en los años frentepopulistas» (1971:46). Se supone que estas obras – *Madridgrado* (1938) de Francisco Camba, *Retaguardia* (1937) de Concha Espina, *Checas de Madrid* (1939) de Tomás Borrás, *Una isla en el mar rojo* (1939) de Wenceslao Fernández Flórez, *Preventorio D* (1940) de Félix Ros, *Cristo en los infiernos* (1943) de Ricardo León...- reflejan casos individuales de sufrimiento y penalidades. Sin embargo, su lectura permite observar que las coincidencias prevalecen sobre lo peculiar de la peripecia protagonizada por el

autor. Se crea así un molde repetido hasta la saciedad, repleto de tópicos cuyo único sentido es el propagandístico y, a veces, el deseo de ser admitido entre los sublevados después de un período en compañía de los republicanos, siempre asimilados a «los marxistas». La paradoja surge de la abundancia de estos folletos en contraposición con la sanguinaria represión que denuncian. Si hubiera sido tan letal y generalizada como aparece descrita, no se entendería la supervivencia de numerosos evadidos en condiciones de testimoniar acerca de su peripecia. La clave de la paradoja radica en la ausencia de casos concretos con perfiles propios, salvo en la obra de Félix Ros. Los datos para la comprensión de los presentados se difuminan gracias al empleo de una retórica de lugares comunes al servicio de la propaganda.

Jacinto Miquelarena se ajusta al canon de estos textos propagandísticos. El enemigo es un ser extraño y distante. Nunca encontramos nombres familiares porque se le presenta como un extranjero, sometido a un proceso de animalización y a las órdenes de Moscú. El bilbaíno traza un cuadro apocalíptico del Madrid de 1936 donde salvó el pellejo, a pesar de su condición de «periodista de derechas». Ni siquiera había consuelo en el más allá para los muertos del otro bando:

Yo vengo de un país tenebroso que todavía pretende llamarse España; una España envuelta en banderas rojas, en barbas a la moda de Moscú, en entierros civiles –la gente se muere en esperanto-, en hambre, en frío y en patetismo. La guerra es allí una maldición y los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. La guerra es macabra y podrida. No creo que nadie pueda sentirse demasiado feliz ofreciendo su vida para incorporarse -¡nada más que para eso!- «a la gran sinfonía física del Universo». Si hubiera clases de morir para vacas, esa teoría, precisamente esa, le sería enseñada a las terneras (1937:122).

El Fugitivo, un seudónimo de aires novelescos, escribe con la urgencia de una propaganda poco atenta a la verosimilitud de los datos. En su libro sentencia que fueron más de cien mil los fusilados en «el Madrid soviético» (Federico de Urrutia) durante el verano del 36, cuando «la prensa roja perseguía con ferocidad especial a los periodistas llamados de derechas» (1937:17). Estas cifras sin nombres ni documentos tenían sus antecedentes. En el primer artículo que publicó en la edición sevillana de *ABC*, tras su llegada a la zona nacional, Jacinto

Miquelarena enardecía al lector con el supuesto recuerdo de «los paseos al por mayor»:

Los habitantes de Madrid que el Frente Popular considera como enemigos iban traspasando el velo del misterio, ejecutados como reses, con una bala en la nuca, al ritmo de trescientos, de cuatrocientos, de quinientos paseos diarios. Bastaba la más ligera sospecha, la denuncia más estúpida, para que un ciudadano fuese sacrificado (*ABC*, 17-II-1937).

Las cifras de ejecutados oscilan con la vaguedad de quien no está obligado a probarlas. Se redondean por lo alto porque no extrañarían a unos lectores ávidos de motivos para el ensañamiento, pues «el socialismo, con su frialdad social, con su odio de clases, con su media cultura de edición popular, con su anhelo vergonzante de burguesía, ha batido en la España marxista el record de la crueldad, todos los refinamientos de la persecución» (1937:45).

Los argumentos abundaban para pensar así en aquel Madrid del verano y otoño de 1936, pero de ser literalmente cierta la afirmación de Jacinto Miquelarena no se explicaría la existencia de numerosos evadidos dispuestos a narrar el horror de su cautiverio. Algunos escribieron unos libros concebidos como ajustes de cuentas y reivindicación de méritos. Mientras, otros se personaron en la Causa General instruida por los vencedores y, a veces, con sus denuncias la convirtieron en un nuevo ajuste de cuentas. La sinceridad del dolor apenas se plasma en un texto propagandístico cuando el enemigo ha sido vencido. Su utilización al servicio de otros intereses se convierte en una tentación difícil de vencer.

La clave, recordemos, de la paradoja de tantos perseguidos con final feliz resulta obvia: sus testimonios literarios prescinden de la precisión para abordar la peripecia individual del protagonista y autor. La supuesta evasión a menudo era el resultado de la connivencia de las autoridades republicanas, de canjes nunca reconocidos o de la compra de favores en un mercadeo. El diplomático Carlos Morla Lynch denunció estas prácticas. Sus responsables eran «individuos abyectos y desalmados que aprovechaban la circunstancia, el terror reinante, la desolación, la angustia y el hambre, para enriquecerse por medio de manejos que no titubeo en calificar de criminales», afirma el amigo de Federico García Lorca (2010:120). En cualquier caso, la evasión más o menos consentida

resultaba poco airosa, incluso vergonzante a la hora de contraer méritos en el bando sublevado. Los autores lo sabían y difuminan su caso individual en un marco de lugares comunes con valor exclusivamente propagandístico. Jacinto Miquelarena adopta esta táctica gracias a la pericia de un periodista porque, entre otros motivos, tal vez perdiera parte de su elegancia y humor durante los siete meses que permaneció en el Madrid de la guerra, «una ciudad espectral» (1937:57).

En Salamanca, el bilbaíno fue pionero de Radio Nacional con un programa, *El plato del día*, donde el periodista combinaba el «fino humor» con la gastronomía. Nunca dejó de mostrarse como un hombre atildado y elegante en el trato con los suyos, incluso con un fondo de amargura (Moure, 1989:133), pero mediante esas emisiones radiofónicas provocaría la envidia, o la desesperación, de quienes le escucharan desde el otro bando. La sensibilidad y el respeto al prójimo eran pretensiones inverosímiles durante la guerra. Jacinto Miquelarena también fue el responsable de *Lo que dicen ellos*, «la sátira de la falaz propaganda enemiga», y *Comentarios* (ABC, 19-I-1973). Ambos programas resultaron coherentes con la orientación de sus trabajos en la prensa anterior al golpe de Estado.

Jacinto Miquelarena cultivó la sátira de los republicanos tanto en Salamanca como en San Sebastián. En esta última ciudad el ambiente era más distendido y también publicó dos entregas de las aventuras de Pepinillo y Garbancito, los payasos del Gran Circo Alegría. Las ilustraciones de Aróztegui son relamidas y los textos del periodista recurren a rasgos aislados del humor de los años veinte, al servicio ahora de unos niños que debían acompañar a esta pareja circense por «las tierras del Cid», porque «Burgos es una de las ciudades más bonitas del mundo». En la cuarta entrega estaba previsto que el circo visitara Valladolid para completar la ruta de «la alegría», que desembocaría en Salamanca. Sin embargo, la aventura quedó inconclusa con la segunda de las cuatro entregas que iba a poner a la venta la Librería Internacional de San Sebastián. Probablemente, ni los repelentes niños Vicente recreados años después por Rafael Azcona soportarían la cursilería del propagandista. Su gracia no desaprovecha la oportunidad de que los payasos equiparen a los burros con

los rojos para propiciar la sonrisa de «los flechas». Estas obras permanecen catalogadas como literatura infantil...

Mientras tanto, Jacinto Miquelarena escribía dos libros y más de quinientos artículos (1937:119), algunos de ellos como corresponsal en la capital salmantina de *La Nación*, de Buenos Aires. Los meses pasados en territorio hostil podían suponer un contagio. La posterior cuarentena obligaba a realizar alardes, algo exagerados, de salud y ortodoxia. Esta tarea propagandística la emprendió Jacinto Miquelarena después de salir por el puerto de Alicante, en un navío de la armada argentina, el Tucumán, con destino a Marsella: «¡Ya era libre! Libre, gracias a la generosidad de un país extranjero que me arrancaba de la brutalidad roja de mis compatriotas» (1938a:206). Los representantes diplomáticos de Argentina colaboraron con las autoridades republicanas para garantizar el flujo de evadidos por el puerto alicantino, pero de esta circunstancia sólo se sabe gracias a quienes desconfían de los libros testimoniales. Las trampas de la memoria deben ser evitadas por el historiador.

La actividad de Jacinto Miquelarena al servicio de los sublevados fue incesante tras atravesar la frontera a finales de enero de 1937 y presentarse en Salamanca pocos días después. Como otros colegas, el periodista sabía que la permanencia en Francia suponía un motivo de condena o la antesala del ostracismo. Sin embargo, apenas concreta su experiencia durante seis semanas en Madrid intentando pasar desapercibido, aunque fuera un relevante redactor de *ABC*, y saliendo airoso de hasta tres simulacros de fusilamiento, uno de ellos en «la Dirección General de Seguridad de la calle Serrano». Los recuerda como una herida de guerra, pero Jacinto Miquelarena obvia las razones o los protagonistas de su salvación. Nos quedamos, asimismo, sin saber cómo entró en la Embajada de Argentina (27-VIII-1936). Su encargado de negocios, Edgardo Pérez Quesada, disfrutó de buenas relaciones con unas autoridades republicanas que permitieron aquella «balsa de la Medusa en un subterráneo del Paseo de la Castellana» (*Vértice*, nº 18, 1938)⁹. La historia se repite en otros casos de «evadidos» hasta desembocar en una ficción de escaso fuste

⁹ Edgardo Pérez Quesada regresó a Buenos Aires en mayo de 1937 y reconoció públicamente el respeto a la embajada por parte del gobierno republicano (*Caras y Caretas*, 22-V-1937).

novelesco. Jacinto Miquelarena mostró, al menos, la habilidad de sortear aquello que le pudiera comprometer ante sus correligionarios o dulcificar el pavoroso retrato de una España «marxista». La convivencia con los republicanos, aunque fuera en la condición de preso, resultaba sospechosa a los ojos de quienes iniciaron numerosos procesos de depuración.

En el prólogo de *Cómo fui ejecutado en Madrid* –se difundió la falsa noticia de su ajusticiamiento en septiembre de 1936¹⁰–, Jacinto Miquelarena manifiesta haber escrito un libro sobre sus «siete meses rojos, que es, aproximadamente, la historia de un agujero» (1937:8). El autor promete a continuación que «se sabrá todo algún día», pero el propósito quedó postergado a tenor de lo aparecido en *El otro mundo*¹¹. Tal vez porque, si el periodista era sincero, el testimonio resultaría inconveniente durante la guerra. Finalizada la contienda, la conveniencia recomendaba pasar página para ser corresponsal de ABC en la Alemania nazi. Ambas obras de Jacinto Miquelarena son más propagandísticas que testimoniales y se vuelcan en la denuncia de los protagonistas de aquel Madrid del 36. Según una anónima reseña publicada en el diario monárquico,

El espectáculo de la zona roja, con sus crímenes y excesos apocalípticos, y el contraste con la España liberada [...] le han hecho encontrar o abrir su caudal lírico en páginas en que la emoción es tanto más intensa cuanto que procura frenarla y depurarla en modos de expresión precisos (ABC, 8-VI-1938).

Las acusaciones de Jacinto Miquelarena abarcan desde los resentidos porteros de las casas burguesas hasta los periodistas de la «prensa roja»: «esos ‘compañeros’ casposos, vagos, rinconetes en todas las encrucijadas, graciosos de café con leche, eternos improvisados en las situaciones políticas, merodeadores de vicetiples y atracadores de duros allí donde los duros son fáciles relativamente a la extorsión de la picaresca» (1937:23). El resultado de

¹⁰ Esta circunstancia le permite un rasgo de humor al presentar su relato: «Tengo una esperanza: la de que mi muerte me sirva de ejemplo y sepa morir por mi Patria como mueren los españoles y como he muerto yo mismo [...] En todo caso, reconocerás que no ha sido nunca una vulgaridad excesiva saber lo que ha visto y oído un héroe, contado por su cadáver» (1937:11). La única alusión concreta a su fusilamiento la encontramos en un artículo publicado en el nº 18 de *Vértice*, donde habla de «cinco días con simulacro de fusilamiento en Arganda, con calabozo y simulacro de fusilamiento en la Dirección General de Seguridad de la calle Serrano y con simulacro de fusilamiento en Alicante».

¹¹ Este texto propagandístico fue traducido al francés por Marcel Carayon, profesor de la Sorbonne, y editado por Calmann-Lévy en París con el título *Traqué dans Madrid* (1938).

los libros y los artículos publicados por Jacinto Miquelarena durante la guerra es anodino por previsible, como la práctica totalidad de unos textos propagandísticos cuyas diferencias radican en el grado de odio o la premura con que fueron escritos. El panorama apenas mejora si examinamos el grueso de la producción bibliográfica del bando republicano.

Jacinto Miquelarena era amigo, desde los tiempos de *Buen Humor*, de quienes editaron *La Ametralladora* en San Sebastián durante la guerra civil. Compartía con Miguel Mihura, Tono¹² y Edgar Neville un sentido del humor que se aprecia incluso en estos textos belicosos y tremendistas, rebosantes de un clasismo que durante aquellas fechas prescindió de los límites del buen gusto aunque adujera motivos estéticos. La elegancia de Jacinto Miquelarena queda arrumbada por la inclusión de vulgaridades impensables en sus primeras obras, cuando ejercía de viajero y cosmopolita:

En Londres ha causado cierta sensación el descubrimiento del verdadero sexo de un soldado que había prestado servicios al ejército durante varios años. ¡Era una mujer! Al decir que el hecho ha causado cierta sensación, anticipamos que no se trata del general Miaja (1937:80).

El odio distorsiona la percepción de la realidad, pero todo valía en nombre de la propaganda. Más chabacana resultó su decisión de incluir en el mismo volumen una «galería de monstruos para presentar al mundo una fauna empapada en sangre y en ridículo». Sus protagonistas son Manuel Azaña, Indalecio Prieto (su árbol genealógico era el de «la cerdocracia y la chulocracia», *ABC*, 8-VII-1939), el lehendakari José Antonio Aguirre, Luis Araquistain, Pedro Rico (alcalde de Madrid) y, sobre todo, Pepe Bergamín, «el excremental»:

Cuando nació Pepe Bergamín tuvieron sus padres un momento de duda y otro de alegría. La duda se produjo porque nadie sabía si aquello era niño, niña o salmonete; la alegría estaba vinculada a un balbuceo de proyecto que imaginaron de pronto los autores de sus días y de su nariz: a diez céntimos el billete, en una barraca, era para amasar una fortuna en poco tiempo (1937:175).

¹² Jacinto Miquelarena prologó *María de la Hoz* (1939), de Mihura y Tono, una novela acorde con el peculiar humor de ambos autores durante la guerra. La amistad del vasco con Tono le llevó a ser corresponsal del semanario cinematográfico *Cámara* en Berlín (1941) y Buenos Aires (1948), mientras que con Miguel Mihura se mantuvo fiel al inicial espíritu codornicesco –se incorporó en el número 22 (noviembre, 1941)- y hasta llegó a pensar en colaboraciones teatrales y cinematográficas (Mihura, 2007:177-179). Jacinto Miquelarena, también junto a Tono y Mihura, formó parte de la redacción del efímero semanario cultural *Tajo* (1940).

José Bergamín fue un escritor de aspecto poco agraciado y su comportamiento durante la guerra despertó odios corroborados por una biografía polémica. Andrés Trapiello nos recuerda «que de Bergamín hablasen mal sus enemigos era, hasta cierto punto, esperable. Que lo hicieran desde su misma trinchera sus amigos es más extraño, pero no más infrecuente» (2010: 121). Sin embargo, el retrato excremental se sitúa en las antípodas de un humorista elegante, agudo y sagaz de acuerdo con el modelo defendido por «la otra Generación del 27». Jacinto Miquelarena se suma con estos textos a la lista de humoristas que, por aquel entonces, abdicaron de su condición para convertirse en propagandistas. Pasados los años, todos procuraron olvidar o difuminar una etapa capaz de alterar su imagen sonriente (Ríos Carratalá, 2005 y 2007).

II.4. Un *flâneur* en Nueva York y Holanda.

«Hay dos ingleses. El de ellos y el nuestro. El nuestro es ese inglés consolador que se entiende. No cabe duda que es mucho más universal que el suyo. El de ellos es un inglés lleno de nieblas patrióticas» (1931:152).

La lectura de las crónicas de Julio Camba escritas a raíz de sus viajes a Estados Unidos -*Un año en el otro mundo* (1917) y, especialmente, *La ciudad automática* (1932)- anima a leer un volumen de título singular: *...Pero ellos no tienen bananas (El viaje a Nueva York)*, de Jacinto Miquelarena. Esta recopilación de instantáneas acerca de lo sorprendente o curioso durante su estancia de dos meses en la capital norteamericana fue preparada en Bilbao, entre agosto y septiembre de 1929. El resultado de la intersección entre crónica periodística y libro de viaje llama la atención por la frescura del estilo. El autor opta por la brevedad para resaltar dos rasgos que le caracterizan: el ingenio y la precisión. Esa opción la justificaría mediante un sencillo razonamiento: «Con la pluma conviene ser breve. Al pensar que se puede robar tiempo a los amigos se escribe concisamente y luego sobran energías para eliminar la mitad de lo escrito» (ABC, 15-VIII-1962). Jacinto Miquelarena considera que la brevedad es

positiva y más todavía cuando, en la posguerra, llegaron las restricciones de papel:

¡Ahora es cuando vamos a escribir de verdad los escritores españoles! A cultivar el producto. A trabajarlo. El Estado dispone que el papel que haya sea aprovechado inteligentemente. Y ofrece terrenos reducidos. Esto nos obligará a decidirnos por uno de los tres adjetivos que solíamos enganchar, como un tren, a cada uno de los sustantivos; es posible que hasta nos convenza de que cuando el sustantivo es certero –y todo es cuestión de molestarse en buscarlo-, no necesita más para echarse al mundo como un hombre completo (ABC, 5-XI-1939).

El 22 de enero de 1950, otro propagandista anuncia que «el racionamiento evita enfermedades» (*La Voz de Galicia*). La autarquía fue un tiempo de arbitristas con un optimismo a prueba de miserias y escasez, de papel o alimentos. Jacinto Miquelarena apostó por la brevedad en cualquier manifestación creativa: «El *trailer* de una película siempre es mejor que la película. Todos sabemos que las películas se hacen cogiendo un *trailer* y multiplicándole por metros y metros de bostezo» (ABC, 3-XI-1939). El vasco se suma así a una tendencia generalizada entre los renovadores del humor y sigue la recomendación del maestro Julio Camba: «¡Desconfíe el lector de los artículos largos! Cuando un periodista tiene algo que decir, le bastan con veinte líneas. Si lleva tres columnas, es que no dice nada absolutamente» (*El Mundo*, 26-XI-1909). La diferencia radica en que Jacinto Miquelarena condujo a menudo la brevedad hasta los extremos del aforismo o el apunte, mientras que «El solitario del Palace» nunca renunció al desarrollo de unos artículos donde la concisión era compatible con la profundidad. El bilbaíno buscaba el rasgo de ingenio o la chispa, mientras que Julio Camba acompañaba con ingenio una observación cuya brevedad abría paso a las paradojas del humor.

Desde el inicio de la travesía de ocho días en el trasatlántico *La Savoie*, en un ambiente de lujo y glamour, hasta la llegada al hotel de Nueva York («estoy encantado porque todo funciona aquí», p. 57), la experiencia seduce al autor. Jacinto Miquelarena muestra en ...*Pero ellos no tienen bananas* el deseo de sumarse a la modernidad de una sociedad que contrasta con la española. El espíritu generacional del bilbaíno había dejado atrás el complejo de inferioridad de los pueblos enfermos y envejecidos, «los latinos», frente a la pujanza de los

anglosajones. El pesimismo que recorre una obra como la del pedagogo Edmond Demolins (*A quoi tient la supériorité des anglo-saxons?*, 1897), traducida al español en 1899 con un prefacio de Santiago Alba, pertenece a una época de lamentaciones ya superada. Jacinto Miquelarena no comparte el gesto adusto de los partidarios de Joaquín Costa. Tampoco el regeneracionismo finisecular preocupado por el anacronismo del sistema educativo, la carencia de higiene colectiva o la tendencia al parasitismo de una clase media sin espíritu emprendedor. El periodista no aspira a la trascendencia o «el dolor» al servicio de los compatriotas. La realidad nacional deja de ser un «problema» fruto del secular atraso o la decadencia y el autor, joven y optimista, muestra curiosidad por las novedades que considera al alcance de la mano. Su disfrute es un motivo de satisfacción que comunica a los lectores sin necesidad de justificaciones ni demasiadas explicaciones. Esta actitud determina que sus observaciones no se centren en cuestiones de calado, sino en las perceptibles para un viajero atento a la sorpresa. La misma puede surgir en cualquier ámbito porque la mirada del periodista se deja llevar por el azar, sin un plan premeditado ni jerarquizado que encauce la subjetividad del observador. A veces, la sorpresa se produce por los hábitos horarios y gastronómicos de los norteamericanos:

Jornada continua de ocho horas: nueve de la mañana a cinco de la tarde. Media hora para el *lunch* rápido: huevos cocidos, carne, dulce, té o café, en el *child* más cercano o en los automáticos o en los restaurantes de ayúdese usted mismo, organizados para que sea usted su propio camarero y para que le taladren a usted el ticket como en los trenes (p. 78).

La observación de Jacinto Miquelarena ejemplifica uno de los principios de Julio Camba, con quien compartía el interés por la gastronomía: «Yo no comprendo bien a la gente mientras no la veo comer» (1939:12). El aserto del periodista daría lugar a numerosos artículos y libros como *La casa de Lúculo o el arte de comer*, maravillosamente reeditado por la Fundación Wellington (2004). Su colega y degustador de arroces Wenceslao Fernández Flórez también pensaba, por entonces, que «una persona medianamente observadora puede juzgar a las demás, sin temor a grandes equivocaciones, tan sólo por saber lo que come» (1919:159). Y recomendaba a los viajeros que se fijaran «en cuáles son los platos favoritos en las distintas naciones, en las distintas

comarcas» para comprobar su «relación íntima» con «la psicología de sus habitantes». La elegancia del humor nunca abandonó al autor gallego y su campaña contra el cocido -«es, sencillamente, una cosa nefasta. A él se debe una enorme parte de los males que nos aquejan» (ibid.)- fue digna de un dandi sin agobios por los males de la patria.

En otras ocasiones, la diferencia de nivel de vida percibida por Jacinto Miquelarena durante su viaje es el motivo del contraste entre los españoles y los norteamericanos. La constatación no deriva en lamentaciones ni en alardes patriotas, con sus correspondientes motivos compensatorios, del periodista bilbaíno. Su observación es un dato, expuesto con la rotundidad estadística de quien no pretende averiguar la realidad más allá de lo consultable en un periódico o un folleto:

Un ingeniero, un abogado, un publicista, un barrendero... viven dos veces mejor que sus reflejos gremiales de Inglaterra; cuatro veces mejor que los de Francia y Alemania, siete veces mejor que los de Italia; diez veces mejor que los de España (p. 93).

La pujanza de Estados Unidos marcaba la pauta. José Moreno Villa en *Pruebas de Nueva York* (1927), publicadas en *El Sol*, la sintetizó en tres conceptos: energía, esfuerzo y eficiencia (1989:47). Los corresponsales de *ABC* compartirían esta afirmación del poeta y pintor republicano, mientras se debatían entre la admiración y el rechazo de la nueva civilización: «Nos atrae porque uno no puede vivir al margen del tiempo, y nos rechaza por la estupidez enorme del tiempo en que le ha tocado a uno vivir» (Camba, 1934:5). La actitud deportiva de Jacinto Miquelarena era compatible con la duda acerca de lo observado, pero nunca le condujo a la melancolía de su colega de redacción. Todavía más lejos quedaban la dureza y la desolación de algunas imágenes lorquianas de *Poeta en Nueva York* (1929-1930).

Julio Camba lamentó la «mecanización» de una megalópolis donde «no hay manera de perder el tiempo» ni pasear flaneando, porque «Nueva York, más que una ciudad, es una fábrica gigantesca» (1947:67)¹³. Las consecuencias: «la

¹³ Su primer libro dedicado a USA comienza así: «¿Cómo no habían de producirme una mala impresión los Estados Unidos? Fuera de la mecánica, apenas si existe allí nada verdaderamente importante» (1947:9). El comienzo de *La ciudad automática* explica la razón de su insistencia en abordar lo rechazado: «Nueva York es una ciudad que me irrita, pero que me atrae de un modo

estandardización contra la diferenciación, la masa contra el individuo, la cantidad contra la calidad, el automatismo contra la inteligencia» (1934:147). Jacinto Miquelarena comparte el agobio de observar «las muchedumbres en las aceras, con un ritmo acelerado y un poco brutal». El tráfico es tan denso y vibrante que la calle parece «una serpiente enfurecida», «envuelta en un vaho de clamores» (p. 65). El periodista describe al americano como «un organismo ametrallado por el motor y la máquina de escribir, herido por la trepidación, picado por las cifras, excitado por la lucha diaria con su propio transporte» (p. 94). Esta mecanización aturde al socialista Luis Araquistain -«la primera impresión de los Estados Unidos es de aturdimiento» (1920:33)- y Julio Camba la rechaza porque altera su ritmo vital de español. También un espíritu donde, como afirmara Josep Plá, el ocio constituye la base de la civilización: «La pereza es el humus de la vida intelectual» (2002:886).

Jacinto Miquelarena traslada el concepto de la mecanización, reiterado por los españoles que visitaron la capital norteamericana, a su especialización como periodista. Sin salir de Nueva York, considera que «toda la vida americana es deportiva» (p. 84) en el sentido de competitiva. La observación la concreta en realidades dispares como la lucha por sentarse en el metro¹⁴ o la valoración de los individuos por su dinero. Son apuntes carentes de la coherencia interpretativa aportada por Julio Camba o Luis Araquistain. Sin embargo, el bilbaíno admite esa actitud deportiva de los norteamericanos como un signo de modernidad. Su aceptación resulta irremediable para cualquier otro país con pretensión de contar en el concierto internacional. El periodista compartiría la afirmación de Ramón Pérez de Ayala en 1914: el norteamericano es «el pueblo que encierra en sí más capacidad de futuro» (1959:91)¹⁵.

irresistible, y cuanto más me doy cuenta de lo que me atrae, a sabiendas de lo que me irrita, me irrita, naturalmente, muchísimo más todavía» (1934:5). José Moreno Villa compartió la opinión de su colega: «Nueva York se entrega al mecanicismo» (1989:16).

¹⁴ «Yo no he logrado todavía sentarme en el *sub-way*. Sospecho que debe ser difícil y que se precisa para ello una cualidad atlética extraordinaria. Todos los ejemplares humanos que he visto sentados en el *subway* ofrecen una fiereza de gesto y una abundancia de elementos musculares de primera clase» (1930:84).

¹⁵ Ramón Pérez de Ayala completa así la afirmación: «o, lo que es lo mismo, que mejor representa el sentido de la civilización, esto es, que tiene más contenido histórico, aun cuando carezca de historia pragmática y de gestas heroicas». No obstante, es improbable que Jacinto Miquelarena disfrutara con las crónicas del asturiano sobre cuanto «ejemplar y provechoso para España» (p. 17) había encontrado en Estados Unidos. Hay un abismo generacional y estilístico

Jacinto Miquelarena amaba el deporte al mismo tiempo que rechazaba la vulgaridad de su conversión en un fenómeno de masas. Los reparos puestos a una «vida sportiva» como la neoyorkina evidencian su clasismo de caballero elegante. Al igual que Julio Camba, el autor vasco lamenta el predominio de lo material: «Parece que se ha llegado a la convicción de que solamente los intereses de progreso material son los de la época. Lo demás es de museo» (p. 90). José Moreno Villa, ante esta misma constatación, había mostrado su orgullo poco antes: «Prefiero paladear la vida y comunicar su grandeza y complejidad a los otros, aunque me falten dólares; prefiero morir de cerveza, a morir de traqueteo; prefiero ser hidalgo de migajas, y mucho tiempo, a ser ganapán desriñonado y con oro» (1989:33). En estas palabras se percibe la herida de la circunstancia sentimental que llevó al poeta malagueño a Nueva York y quedó reflejada en su autobiografía: *Vida en claro* (1944)¹⁶. El periodista bilbaíno estaría de acuerdo en lo fundamental con su colega de *El Sol*. Sin embargo, aparte del idealismo, echa de menos en la vida norteamericana aspectos concretos del confort, como la atención a la gastronomía y la posibilidad de disponer de servicio doméstico. El humor del comentario evoca una conversación entre caballeros mantenida en el marco distendido de una alta comedia: «Necesitaría ser millonario. Buscando mucho, mucho, todavía es posible encontrar alguna negra vieja que no sienta la necesidad de jugar al tenis ni pretenda aprender el violín en un conservatorio. Pero, ¿dónde está?» (p. 86).

El periodista vasco se burlaba de los panegíricos de su «raza». Mientras otros indagaban en la cultura euscalduna, abrió sus ojos de viajero ávido de novedades para elogiar a los negros neoyorkinos que, según García Lorca, «patinan lúbricos por agua y arenas/ gustando la amarga frescura de su milenaria saliva» (1981:136). José Moreno Villa descubría por entonces los encantos del jazz, Julio Camba presentaba las noches de Harlem como válvula de escape del puritanismo de la ciudad automática (1934:29) y su colega, menos dado a lo

entre las crónicas de Ramón Pérez de Ayala para *El Imparcial* y *El Sol* y las escritas por el corresponsal de *ABC*.

¹⁶ La frustrada relación de José Moreno Villa con una joven norteamericana es una fuente de inspiración de *La noche de los tiempos*, de Antonio Muñoz Molina (Barcelona, Seix Barral, 2009). Ramón Pérez de Ayala también viajó a Estados Unidos con fines matrimoniales después de conocer a una norteamericana en «la depurada y divina Florencia» (1959:15).

interpretativo, creía que el negro, el saxofón y el ukelele eran los «elementos fundamentales en la vida divertida» de Nueva York (1930:157). Al bilbaíno le maravillaba el ritmo hasta en el andar y la voz de los negros: «caliente, serena, evocadora, dulce, una voz más musical que ninguna» (1930: 111).

Jacinto Miquelarena rechazó cualquier muestra de racismo (1931:81-87) antes de caer en el antisemitismo y simpatizar con las huestes de Hitler. Cómodo y seguro mientras viajaba, ejercía de *flâneur* y veía las otras razas como una curiosidad variopinta. El periodista no era millonario en el país de los dólares; ni siquiera encontró en Harlem esa «negra vieja» sin pretensiones, supuestamente impropias, de su condición social y género. Pero vivió feliz, anotando sorpresas de una modernidad que nunca le arrastró porque un colaborador de *ABC* debía preservar las esencias de un caballero español.

Juan Ramón Jiménez, a lo largo del viaje desde Nueva York hasta Philadelphia en su calidad de «poeta reciencasado», se sintió atraído por los cementerios: «El mayor atractivo de América es el encanto de sus cementerios sentidos, sin vallas, cercanos, verdadera ciudad poética de cada ciudad, que atan con su paz amena y cantada de pájaros, en medio de la vida, más que los jardines públicos, que los puertos, que los museos...» (1998:209). El poeta los consideraba una inscripción de eternidad en la fugaz escritura de la cotidianidad urbana (Cañas, 1994:150) y los visitó incluso cuando paseó por Broadway, en la primavera de 1916. Esta exquisitez del lírico se corresponde con su malestar por los anuncios luminosos («mareantes de colorines») que, junto a los rascacielos de Manhattan, le impedían contemplar el cielo y la luna:

El Cerdo, que baila, verde todo, saludando con su sombrerito de paja, a derecha e izquierda. La Botella, que despide, en muda detonación, su corcho colorado, contra un sol con bocas y ojos. La Pantorrilla eléctrica, que baila sola y loca, como el rabo separado de una salamanquesa. El Escocés, que enseña y esconde su whisky con reflejos blancos. La Fuente, de aguas malvas y naranjas, por cuyo chorro pasan, como en una culebra, prominencias y valles ondulantes de sol y luto, eslabones de oro y hierro (que trenza un chorro de luz y otro de sombra...). El Libro, que ilumina y apaga las imbecilidades sucesivas de su dueño. El Navío, que, a cada instante, al encenderse, parte cabeceando, hacia su misma cárcel, para encallar al instante en la sombra... Y... (1998:182).

La exquisitez de Juan Ramón Jiménez le aleja de «la literatura de viajes con perfume de *wagon-lit*, con ese olor de los andenes, que es, apurando un poco el concepto, como la fragancia melancólica en que se concretan y condensan todos los adioses», según José Luis Salado (*La Tierra*, 23-II-1930). El poeta aspiraba a recrear fragancias más sutiles que las imaginadas por los lectores de un periódico oscense. La sensibilidad de Jacinto Miquelarena buscaba estímulos poco habituales en la prensa de provincias. Su concepto de la elegancia necesitaba una concreción alejada de lo espiritual. El periodista vasco compartiría con el poeta andaluz el rechazo ante la vulgaridad y el artificio de «la pantorrilla eléctrica». La gracia de su mecánico movimiento les resultaría pueril, como otras manifestaciones de una cultura carente del peso de la tradición y volcada en el consumismo de las mayorías sociales. Sin embargo, mientras el de Moguer acabó frecuentando los cementerios donde la belleza vencía a la muerte, el de Bilbao conoció durante su estancia en Nueva York lugares bien distintos.

El placer gastronómico debía ser completado por el viajero con otros basados en el ejercicio de la galantería. Un refinado menú exigía la compañía de una mujer cuya modernidad sería cuestión de gustos, modas y actitudes ante el amor. El periodista bilbaíno apenas se sentiría cómodo con un modelo femenino, el de «La American Girl» tan seductor para Julio Camba, que desde la finalización de la I Guerra Mundial deshacía ataduras al hombre o al hogar. Los cambios sociales o culturales protagonizados por el feminismo se tornaban en signos apocalípticos cuando cuestionaban privilegios. Según Jacinto Miquelarena, el norteamericano estaba «empequeñecido por la arrogancia y la independencia de la mujer» (p. 157), cuyo emancipado comportamiento contrastaba con el habitual entre las españolas. Julio Camba, caballero y soltero vocacional durante un largo período, también se alarmó: «Si la esclavitud de la mujer en algunos pueblos de Europa constituye una vergüenza, no es menos vergonzosa la esclavitud de los hombres en los Estados Unidos» (1947:33). Incluso José Moreno Villa, más liberal aunque igualmente soltero, lamentaba que la mujer americana quisiera «un marido que sea fuerte entre los hombres y débil ante ella; débil ante su voluntad» (1989:18). Luis Araquistain sintetizaba el temor

de aquellos varones en una exclamación: «¡Melancólico futuro espera a los hombres!» (1920:130).

La brevedad de los artículos subraya a menudo la exageración, la presentación sin matices y desde una contemporaneidad que tan superada ha quedado con el paso del tiempo. La mentalidad de estos periodistas, incluso la del poeta, rechazaba o temía la liberación femenina. Su concreción en el trabajo o el hogar distaba de la provechosa combinación de belleza, estulticia y picardía que encarna Lorelei Lee en *Los caballeros las prefieren rubias* (1925), de Anita Loos. Esa esclavitud podía ser ruinoso para los caballeros con pretensiones de galanes, pero las «rubias» al menos se hacían perdonar gracias a un mohín de aparente ingenuidad. La precaución en el trato con las norteamericanas era conveniente para evitar peligros. El atractivo de su hermosura -«¿Parecerá un exceso de lisonja masculina la declaración de que lo más interesante y sugestivo de los Estados Unidos es la mujer norteamericana?» (Araquistain, 1920:131)- tenía un precio.

El periodista vasco sorteó esta amenaza de «esclavitud» varonil y nunca perdió la ironía a la hora de sorprenderse con novedades que ni siquiera imaginaba posibles en su país: «Los americanos han inventado los parques de atracciones como escuela de serenidad y escepticismo [...] Inventar un negocio –un gran negocio- a base de que la gente pague porque la maltraten es una cosa de genios» (p. 106). Esta genialidad, supuestamente absurda para la mentalidad española, tampoco la entendió Julio Camba cuando descubrió el ajetreo de Coney Island: «un lugar donde cada día más de doscientas mil personas se reúnen para atropellarse ferozmente». Ambos ignoraron el carácter universal del infantilismo cuando la riqueza se reparte, con moderación, más allá de las elites.

Jacinto Miquelarena aparece como un despreocupado *flâneur* que calleja y curioseas a sabiendas de sus limitaciones para comprender lo observado. El cronista evita lo trascendente. Su objetivo es entretener al lector, ese sujeto «ligero y frívolo» que, según Julio Camba, «quiere que le digan las cosas de una manera rápida, fácil, agradable y sin palabras alemanas». En sus libros de viaje, el periodista bilbaíno cultiva una retórica caracterizada por una experiencia descentralizada, escéptica, irónica y relativista de la diversidad

cultural. La curiosidad del viajero había templado el fundamentalismo del terruño. Asimismo, Jacinto Miquelarena rechaza cualquier disquisición y hace gala de realismo cuando evita dar una visión global del país que sólo conoce de manera fragmentaria. Tampoco ofrece la valoración de sus habitantes:

Lo que no se puede escribir nunca de una ciudad es el capítulo 'Carácter de los nativos'. Ni aunque se haya estado sólo unas horas en esa ciudad. Porque el capítulo se escribe siempre sobre la impresión que nos ha producido el maletero (1931:27).

El periodista vasco ni siquiera aborda los temas por su importancia intrínseca, sino en la medida que le interesan y llaman la atención como viajero. Jacinto Miquelarena escribe sobre la elección del presidente de EEUU porque su actualidad era insoslayable, pero obvia cualquier referencia a la crisis económica y social iniciada en 1929. El drama de la aurora de Nueva York, con sus «cuatro columnas de cieno» del verso lorquiano, queda oculto. La sensibilidad del vasco nunca incluyó una cuestión social que le resbalaba por aburrida, al igual que a sus lectores. Tampoco comentó el empeño de la casa Ford para poner el automóvil al alcance de las familias. La revolucionaria idea por entonces maravillaba a su colega José Luis Salado: «un automóvil siembra la alegría en el espíritu» (*El Avisador Numantino*, 24-XII-1927). El cronista opta por la subjetividad de las preferencias y comparte así sus experiencias con los asiduos de *ABC*, sin abdicar de una condición, la del viajero, que asocia con el asombro de un primer encuentro:

No hay manera de obtener la impresión certera de una ciudad con una larga permanencia en ella. Los contrastes van dulcificándose y ya no los vemos. Nosotros acabamos por alinearnos en la muchedumbre y adaptarnos a su ritmo. Desaparece la sorpresa.

Una ciudad sólo puede verse bien a contrapelo, con virginidad de espectador. Sin amigos. A la aventura...

Si yo hubiese vivido un año en Nueva York no hubiera podido escribir un libro sobre Nueva York, por exceso de familiaridad. Unos días me bastaron para comprender que no debía permanecer más tiempo allí (1931:23).

Jacinto Miquelarena había callejeado por «la ciudad de la velocidad y el estrépito» (Julio Camba) sin sobrepasar los límites de su observación, poco dada a lo trascendente y la documentación con afán demostrativo. Esta actitud también se percibe en *El gusto de Holanda*, un breve volumen que recopila

instantáneas, aforismos y comentarios acerca de un país donde «todo es limpio, nuevo, flamante» (1929:44)¹⁷. «Holanda sonrío siempre» (p. 34) y el viajero disfruta durante dos meses de sorpresas agradables: la sobria elegancia de sus habitantes, la tranquilidad de las calles, la perfección y la delicadeza del servicio en los restaurantes y, sobre todo, las muchachas que nadan en maillot de dos piezas, besan sin temor y «buscan de una manera instintiva el amor, sin complicaciones; no miran al hombre como a un adversario en la vida. Un saludo en la calle, un té y un jardín: el amor florece» (p. 26).

Wenceslao Fernández Flórez no compartió esta idílica imagen cuando visitó Holanda en 1929, pocos meses después que su colega. Su libro de viajes es más convencional, pero permanece atento a las contradicciones de un país admirado por múltiples motivos. El periodista gallego también escribió sobre el orden, la pujanza, la limpieza, el sentido práctico, el bienestar, la gastronomía y la belleza de una Holanda tan distinta a España, pero percibió la influencia negativa de la religión en un puritanismo que abarcaba cualquier ámbito de la cotidianidad: «La moral holandesa es angosta, sombría e incómoda» (1932:292). Incluso propuso colocar un cartel en la frontera: «Nación para familias y señores formales de más de cincuenta años. Abierta de ocho de la mañana a seis de la tarde. Se prohíbe bailar los domingos» (1932:293). Wenceslao Fernández Flórez no contemplaría a las mismas muchachas en maillot de dos piezas o, al menos, moderaría su entusiasmo a la hora de valorar e interpretar esa imagen. El *flâneur* vasco se consideraba exento de la obligación de ponderar el atractivo de lo contemplado con despreocupación, pero el viajero en calidad de periodista debía informar a sus lectores, aunque fuera con el humor de quien reconoce la inferioridad de su país ante «la máquina humana» de Holanda:

La máquina humana de esta organización social es la que impresiona mi atención de español acostumbrado al gobierno de la Providencia, de súbdito de un país donde a todas horas parece que se ha dado la voz de sálvese el que pueda, y la autoridad es vanidad, y la riqueza huele

¹⁷ El motivo del viaje a Holanda sería la celebración de los IX Juegos Olímpicos en Ámsterdam durante el verano de 1928, aunque en el volumen no se da noticias de los mismos. El interés del autor por los aforismos y las frases ingeniosas le llevó a recopilar, en 1951, *El lenguaje del amor y las mil y una frases peregrinas* para la colección Crisol, de Aguilar.

sospechosamente a botín, y donde detrás de los rótulos más pomposos casi nunca hay nada (1932:274)¹⁸.

Jacinto Miquelarena nunca mostró esta vena regeneracionista de su colega gallego, aunque en algunos aspectos quedara implícita gracias a su admiración por un país que le sedujo con su belleza y armonía: la naturalidad de un saludo, un té en un jardín y un amor que florece. Esta elegancia la apreciaba un caballero que, como su colega Julio Camba, huía del anacrónico convencionalismo de España en materia amorosa, tanto como de la mecanización norteamericana que había sustituido el amor por el *fox-trot* y el *one step*. La admiración por la naturalidad se corresponde con el rechazo de los atavismos morales y la defensa, sin retórica, de fenómenos como el desnudismo. La encontramos en varios de sus artículos publicados a principios de los años treinta. La consecuencia:

La moral, por lo visto, no responde a principios inmutables. Se deforma, ensancha sus límites. Con un poco de malhumor acaba por aceptarlo casi todo. Y se diría que no se equivoca [Hermann Graf] Keyserling cuando asegura que lo inmoral no es sino un estado transitorio hacia una moral nueva (p. 71).

El filósofo alemán era admirado, y citado, por los amantes de los proverbios. Estos lectores no solían disfrutar con las obras densas de centenares de páginas. También los nazis defendieron el desnudismo mientras pensaban en una moral nueva, pero en estos relatos de viajes encontramos a un Jacinto Miquelarena hedonista, tolerante y dispuesto a ser sorprendido. No se sentía amenazado como miembro de una minoría selecta. La seguridad le permitía mantener el equilibrio de la elegancia y el humor. Sus viajes eran un motivo de disfrute a compartir con el lector. El periodista evita lo trascendental y su tendencia al aforismo encuentra suficientes motivos en la observación de un país distinto al suyo, aquella España tremenda sintetizada en una frase de su amigo Pedro Murlane Michelena que acabaría siendo popular: «¡Qué país, Miquelarena!» (Campmany, 1994).

¹⁸ Wenceslao Fernández Flórez completa así esta reflexión: «Creo que cada español vale mucho, y la suma de los españoles poco, paradójicamente. Nuestra inferioridad con respecto a otros países no consiste en el individuo, sino en la organización de estos individuos. Somos un conjunto de buenos elementos que funcionan muy mal» (1932:262).

El corresponsal de *ABC* rechaza el «dicentismo» -pensaría en el drama *Juan José* (1895) de Joaquín Dicenta- y el casticismo. Le molesta la cultura popular con aires reivindicativos, así como una tradición que contrapone a los rascacielos y otras muestras del Madrid «chicaquista», de Chicago, que anhela ver como promesa de futuro (1931:111). Jacinto Miquelarena argumenta sobre la oferta turística completada con la gastronómica¹⁹, lamenta algunas costumbres de sus compatriotas y se queja de su soledad de viajero: «El español que viaje por Europa siempre va en singular» (1929:84).

El periodista bilbaíno ejerce de señorito cosmopolita en USA, el país que protagoniza un período histórico abierto a los cambios. La novedad, curiosa y circunstancial, le satisface con un optimismo generacional, pero pronto acarrea también cambios en lo considerado como inmutable por afectar al orden social y económico. La respuesta de algunos elegantes fue un cambio de actitud para buscar el amparo del autoritarismo. Al igual que sucediera con varios de sus colegas, en Jacinto Miquelarena prevaleció el miedo a perder privilegios. La II República, para ellos, se convirtió en una amenaza de «los marxistas». La reacción del grupo fue radical, también violenta hasta el punto de olvidar la elegancia de aquellos años veinte, cuando ser modernos y viajeros resultaba menos comprometido.

II.5. El tiempo de la Victoria.

El cambio resultó lamentable desde un punto de vista literario. El Jacinto Miquelarena divertido e irónico de sus crónicas viajeras, escritas con una estética de la brevedad que dominaba a la perfección, se convierte en un propagandista: El Fugitivo. Esta firma aparece en *Unificación* (1937), donde se aboga por el sacrificio entre frases de una retórica manida: «El primer albor de la mañana, hecho todo él de nácar, encuentra dos cadáveres abrazados». Así culmina un diálogo que simboliza la unidad de carlistas y falangistas de acuerdo con las consignas oficiales del momento. El trabajo periodístico fue premiado con el

¹⁹ Sus viajes por Francia le proporcionaron más oportunidades de gozar en este sentido: «Me he emocionado dulcemente visitando en Camembert la estatua elevada a la mujer que ha inventado el queso Camembert. Tendrían que ser las ostras un producto de factoría para que se haya fabricado en el mundo una cosa más genial» (1931:149).

Mariano de Cavia de 1937 e impreso en reiteradas ocasiones, la primera de ellas con una tirada de cincuenta mil ejemplares. El diálogo pudo haber sido representado, incluso Víctor García Ruiz lo comenta como ejemplo del supuesto y frustrado teatro fascista, que también exaltó la unidad del bando franquista en la obra *Espíritu español*, estrenada en Ávila el 7 de abril de 1937 y escrita por Valentín García González (2010:237). Sin embargo, el texto de *Unificación* no fue concebido para el teatro ni tampoco cabe considerarlo como portavoz de una ideología fascista. El autor sólo buscó la conmoción del lector. El objetivo era la aceptación de la unidad de los grupos enfrentados a la República como condición para la victoria, aunque pasara por el martirologio de los protagonistas, nunca por su conversión al fascismo o al falangismo. Ambos son referentes sin argumentación en el texto.

Jacinto Miquelarena resulta previsible como propagandista. Su ortodoxia responde a las consignas presentes en numerosos escritos de sus colegas, aunque el vasco nunca prescinde por completo del humor. Volvería a ser su rasgo esencial una vez terminada la guerra, cuando cerró un ciclo justificado por la urgencia. A pesar de que varios de sus relatos ya habían aparecido en *Vértice* durante los meses finales de la contienda, Jacinto Miquelarena recuperó su veta creativa con la publicación de *Cuentos de humor* (1939)²⁰, en aquel San Sebastián de *La Ametralladora* convertido en un oasis para los exquisitos del bando vencedor. La tarea al servicio del humor la continuó en *Tajo*, el primer intento de realizar una revista cultural durante la posguerra. Junto a sus amigos Tono y Mihura, el vasco se incorporó a la redacción dirigida por Alfredo Marqueríe –poco después le sustituyó José M^a Sánchez Silva- para publicar relatos a la búsqueda de la sonrisa (*La pierna del general Chafardier*) o series de hasta cinco entregas como la dedicada a la *Vida y aventuras del inventor señor Damián* (números 2 al 6, mayo-junio de 1940).

Los cuentos del citado volumen de 1939 se sitúan en la órbita jardielesca del humor. Sus protagonistas son criados como Carpóforo, toreros calvos y

²⁰ Un año después y en Barcelona, Samuel Ros publicó una recopilación de relatos con el mismo título, aunque el mundo creativo del autor falangista poco se parece al de Jacinto Miquelarena. En ambos casos, el falangismo apenas se percibe en las obras de ficción y para apreciarlo es preciso consultar las colaboraciones periodísticas de los autores.

casados cuya paradoja la encarna en esta ocasión Malagueño de Córdoba, asistentes al Congreso Internacional de Asociaciones de Esposos Martirizados, domadores de tranvías y peces... Son algunos de los personajes de unos relatos desiguales porque se basan en el golpe de ingenio, que en el autor bilbaíno suele ser una ocurrencia. Se trata de un humor blanco y blando, más cercano al disparate que al absurdo, donde el presente de la guerra desaparece entre evocaciones de un pasado idealizado. Al igual que Edgar Neville y Miguel Mihura, el codornicesco Jacinto Miquelarena sentía nostalgia por un tiempo en que «los criados solían pertenecer al partido de Romero Robledo y algunos no se acostaban nunca sin haber leído y comentado el artículo de fondo de *La Época*, que era muy interesante siempre y se titulaba con frecuencia 'Falacias de Sagasta'» (1939:10). Los humoristas de la posguerra, agrupados en torno a *La Codorniz*, volverían a poner de actualidad esos mayordomos tan ocurrentes y sumisos en los escenarios porque los protagonistas, los señoritos de fino bigote, andaban despistados en las materias prácticas, incluso en las amorosas. Nunca trabajaban, eran espléndidos en sus aventuras del corazón y se arruinaban en los entreactos. Al final, recuperaban la riqueza con la naturalidad de quien la considera propia de su condición, tan inmutable como la edad de los apuestos señoritos.

La elegancia y el humor de los escenarios dieron la espalda a la Historia, donde se acumulaban las tareas sucias del desescombro y la depuración. La realidad de aquel tiempo de la Victoria está marcada por una represión cuyos teóricos también colaboran en la prensa. Sus artículos nunca concretan las penas porque destilan una agobiante retórica, pero alientan la intransigencia, la firmeza y hasta la violencia con unos perdedores reducidos a una condición infrahumana. Los vencedores debían ajustar las cuentas con los criados que dejaron de interesarse por Sagasta y apoyaron al Frente Popular: «era el grupo de los fracasados, de los agriados y de los biliosos, cocidos y recocidos por un rencor que había permanecido en la impotencia durante largo tiempo» (*ABC*, 8-VII-1939). Impotentes, biliosos, rencorosos... La filiación izquierdista era una enfermedad que precisaba de un lenitivo cuya posología evitara las recaídas.

Desde el 11 de febrero de 1938, Jacinto Miquelarena formaba parte del primer Comité Olímpico Español del período franquista. Su presidente era el héroe del Alcázar toledano: el general José Moscardó. Tras la guerra, y ya como Consejo Nacional de Deportes, este organismo depuró a los atletas con antecedentes republicanos o que, brazo en alto, no hubieran mostrado fidelidad a los vencedores. El periodista de *ABC* sabía que el trabajo iba a ser duro porque, según escribió en la prensa, «El fútbol era durante la República una orgía roja de las más pequeñas pasiones regionales y de las más viles» (apud. García Candau, 2007:184). Durante el Mundial de 1934, celebrado en Italia para mayor gloria del Duce, el corresponsal Jacinto Miquelarena nunca observó una manipulación paralela, aunque su descaro tanto afectara a la selección española de fútbol, que acabó siendo eliminada por los anfitriones. Las crónicas de *ABC* hablan de la «furia española» y el orgullo patriótico. El distanciamiento de Wenceslao Fernández Florez quedaba lejos: «Parece ser que once señores, vestidos muy sencillamente y con extraño gusto, pretenden meter una pelota en una red, sin el auxilio de las manos» (OC, VII, 503). Los valores de la raza sucumbieron frente a la violencia de los italianos, amparada por los árbitros de los partidos disputados el 31 de mayo de 1934 (1-1) y el 1 de junio (1-0, a favor de Italia). Los colegiados Louis Baert y René Marcet jamás recibieron, al parecer, instrucciones porque los fascistas no se prestaban a las «orgías» de las pasiones regionales o nacionales. Sus arbitrajes caseros fueron un accidente del destino que convenía afrontar con gallardía.

A tenor de lo publicado en su periódico el 19 de abril de 1939, Jacinto Miquelarena lamentaría no tener a su alcance la selección vasca que estaba por entonces en México, a punto de finalizar una odisea del exilio iniciada en abril de 1937. En materia de depuraciones y otras penas, el periodista a las órdenes del general Moscardó se conformó con tramitar casos como el del célebre Ricardo Zamora, que después de pasar por las cárceles republicanas y ser dado por muerto, tuvo que probar su fidelidad a los vencedores. El héroe de tantos partidos nunca lo explicó con claridad. El recelo de la posguerra apenas era compatible con la elegancia de otros tiempos, cuando los guardametas se protegían con aparatosas rodilleras y lucían gorras de visera. Sus hazañas

merecieron la épica de Rafael Alberti, incluso la de Miguel Hernández con tintes pueblerinos, y resultaban fotogénicas. La prensa gráfica les convirtió en iconos populares gracias a sus arriesgadas paradas o sus despejes de puños, que evidenciaban tanta contundencia como valor.

Aquellos trámites de la depuración, contrarios al espíritu de un *sport-man*, y la sección de deportes en *ABC* no bastarían para calmar el entusiasmo patriota de Jacinto Miquelarena. Su firma como redactor del «*ABC liberado*» (2-IV-1939) pasó a ser habitual en las terceras del diario. Allí conjugaba rasgos de elegancia y recuerdos de viajes con la exaltación del propagandista dispuesto a reconocer que, en aquellos tiempos de guerra, el negocio de la venta de islas desiertas sería rentable (*ABC*, 16-IX-1939). El toque de humor aligera la carga doctrinaria de unos artículos que, cuando son firmados por sus colegas de redacción, derivan a menudo en lo plúmbeo. Las terceras de Eugenio Montes equivalen a la nada hinchada, mientras otros colaboradores rivalizaban en una dirección contraria al gusto por la brevedad del periodista bilbaíno.

La Victoria no era un momento de dudas o matices. Los periodistas perfilaban las consignas con el entusiasmo del deber cumplido. Jacinto Miquelarena estaba «convencido de que, en el fondo, la razón hay que imponerla por la fuerza en muchos casos y hay que conservarla por la fuerza en muchos más» (*ABC*, 29-IX-1939). Las consecuencias de esa convicción eran perceptibles, sin necesidad de examinar «el fondo», porque el vaticinio de Manuel Azaña acerca de una «política de exterminio y venganza» se había cumplido a partir de 1939. Otras dialécticas, menos violentas y más persuasivas, formaban parte de un pasado visto como una etapa de debilidades ya superadas. Jacinto Miquelarena apelaba, pues, a la firmeza de sus lectores -«la seguridad de que la Victoria es clara y ha de ser clara en todo momento y ha de ser siempre Victoria»- con el objetivo de desarmar al enemigo y llevarle «al olvido de sus errores» (*Ibíd.*). La posibilidad del arrepentimiento quedaba descartada. Su planteamiento implicaba la consideración del derrotado como ser humano capaz de una acción volitiva y propiciaba el perdón o, algo peor desde la perspectiva de los vencedores, la integración en «la nueva España». El «olvido» debía ser drástico y efectivo. Cualquier duda o debilidad podía socavar la Victoria.

En aquellas terceras de *ABC* jamás se barajó la posibilidad de una reconciliación. Tampoco se recurrió a la misericordia para abordar la relación con el enemigo, presentado mediante rasgos ajenos a «lo español» y hasta lo humano, salvo que hablemos de «rostros mongólicos» como los evocados por Agustín de Foxá para aludir a los rojos. Jacinto Miquelarena destacó en esta labor de trazar «una línea divisoria: la que separa a los españoles de los asesinos» (*ABC*, 31-V-1939). Los lectores del periódico se sabían integrantes del primer grupo y encontraban así, en el maniqueísmo de las líneas divisorias, una justificación para convivir con una represión de la que todos acababan teniendo noticias, pero que nunca era explicitada en la prensa al servicio del franquismo. Ni siquiera se comentaba en las conversaciones privadas porque el silencio también formaba parte de la Victoria.

Jacinto Miquelarena mantenía el espíritu del deportista. Su pluma permanecía vigilante y tensa, en unos artículos que evidencian el orgullo del vencedor. Sin embargo, la competencia era dura a la hora de contraer méritos en materia de firmeza frente al enemigo. El resentimiento de algunos colegas estalló por entonces. La elegancia de las formas dejó paso a un odio de origen clasista; brutal fue la imagen empleada por Wenceslao Fernández Flórez al comentar la actitud de «los cínicos», es decir, los rojos que pretendían seguir vivos tras la Victoria: «algo muy parecido a si el pus extraído por una operación quirúrgica afortunada quisiera volver a las venas para mezclarse nuevamente con la sangre sana. Ya se encargarán nuestros gobernantes de que eso no pueda ocurrir» (*ABC*, 4-IV-1939)²¹.

Los súbditos podían colaborar en esa tarea de prevenir la mezcla, pues «el olor a rojo es tan fuerte y típico, que creo posible distinguir a un marxista y aun seguir su rastro con un olfato un poco ejercitado». Wenceslao Fernández Flórez considera sencilla esta caza y captura porque «el marxismo –religión de presidiarios, de fracasados, de envidiosos, de contrahechos, de vividores, de

²¹ La pluma de Wenceslao Fernández Flórez destila por entonces un odio alejado de su humor con la correspondiente dosis de escepticismo y lucidez. Algunas afirmaciones quedan lejos de los matices de su mejor prosa: «El noventa y nueve por cien de los marxistas son hombres que no confían en su capacidad o envidian la más poderosa de algunos otros, y que no se contentan con lo que estrictamente merecen su vulgaridad o su pereza, y quieren tanto como el que más, valiendo apenas como el que menos» (*ABC*, 15-IV-1939).

perezosos- tenía que oler así, precisamente: a conciencia podrida, que huele peor que una ballena muerta» (*ABC*, 28-V-1939). El humor y la imaginación del novelista gallego quedaron en el olvido ante semejante tufo. También su compasión por los infelices como Jacinto Remesal (*Ha entrado un ladrón*, 1920) o el protagonista de *El malvado Carabel* (1931); estos y otros personajes de su novelística pasaron a ser los rojos de la guerra. La rebelión de los infelices transformó al autor porque sintió miedo. La misma suerte en términos de abandono corrió su escepticismo de «fino observador» de la actualidad en numerosos artículos, que le granjearon popularidad y simpatías entre los lectores del citado periódico. Estas cualidades apenas contaban en tiempos de una obligada, pero no obligatoria, firmeza en torno a la Victoria. Algunos exegetas atribuyen su actitud a una enajenación pasajera y generalizada entre los colegas de la pluma (Díaz Plaja, 1998:10). Supongo que es una manera sencilla de diluir cualquier responsabilidad o evitar un análisis como el realizado por José-Carlos Mainer (1976).

Mientras tanto, Jacinto Miquelarena pide la pena de muerte para Manuel Azaña -«el de la cabeza de ahorcado»- y confía en que Juan Negrín, Indalecio Prieto y «otros muchos asesinos» compartirán horca o paredón (*ABC*, 12-IV-1939). Los alardes de firmeza puntuaban en el escalafón de aquellas terceras. Poco antes, el periodista había establecido «una sola categoría de españoles» y condenado al resto:

Sería triste que la generosidad de los que han triunfado y, sobre todo, su buen tono caballeresco, alentara embriones de rebeldía o, simplemente, de escepticismo. Sería triste para los que se entregaran a este género de interpretaciones. Porque demostrada con toda claridad en dónde estaba la razón y en dónde el desafuero y el crimen y las tinieblas y la ley del que se coloca fuera de ella, todo clima de reincidencia o, simplemente, de resistencia pasiva al avance de la nueva España, ha de ser juzgado como un estado crónico de bandolerismo. Es posible que los «incurables» hayan olvidado durante su inmensa ráfaga de locura al servicio de la esquizofrenia, que para el delito común se alza una horca en cualquiera de las naciones civilizadas del mundo y que hasta ahora el hombre no ha inventado nada mejor ni más humano como protección del hombre (*ABC*, 18-IV-1939).

El aviso respondía a la directriz marcada por el subdirector de *ABC*, Manuel Halcón: «atención a los rescoldos del enemigo. No hemos querido

aniquilarlo y está ahí, viviendo de la generosidad de nuestra victoria y atento al momento de la cordialidad para sacar, de alguna forma, partido de ella» (*ABC*, 1-IV-1939). José M^a Pemán compartía por entonces la preocupación ante tanta «generosidad», temía las consecuencias de «la cordialidad» e instó a sus compatriotas a «vivir en pleno espíritu de milicia y disciplina» porque la guerra sólo había sido un primer capítulo (*ABC*, 4-IV-1939). Los humoristas de otra época más amable y elegante acataron la consigna del gaditano, que acabaría labrándose una imagen de liberal durante su última etapa a fuerza de senequista y anciano paternalista. Es decir, un sentido común capaz de limar las aristas de la ideología. En sus artículos de la posguerra, los autores festivos permanecían firmes y evitaban «el momento de la cordialidad» con «La Horda» porque participaban del tono exaltado de aquellas terceras. Álvaro Cunqueiro lo consideraba «natural»: «A un español de 1939 le será natural afirmar que no es posible que un estado tenga su libertad segura y cierta su justicia mientras no haya arrojado de sí la manzana de la discordia» (*ABC*, 11-IV-1939).

Algunos extranjeros, incluso líderes nazis como Heinrich Himmler, se sorprendieron ante tanta firmeza por parte de los vencedores, pero apenas importaba una vez eliminados los enemigos del interior por «antiespañoles». Otros extranjeros, hasta entonces «mal informados» acerca de lo sucedido durante la guerra, fueron avisados por Jacinto Miquelarena. El propósito del periodista era que, en sus países, el hombre nunca alcanzara «un estado de degeneración tan perfecto como el que se había laborado para algunos españoles, a fuerza de dosis progresiva de veneno» (*ABC*, 23-IV-1939). En cualquier caso, la opinión foránea conservaba una importancia relativa para quienes se consideraban redentores de la civilización: «Franco es el hombre elegido por la Providencia para salvar la civilización cristiana, clásica occidental y latina de la barbarie comunista; judía y asiática, es decir, la más espantosa de todas las barbaries» (Luis Araujo-Costa, *ABC*, 5-IV-1939). Los bárbaros nunca aprecian el sacrificio del héroe providencial. El precio durante la posguerra fue el aislamiento de una nación supuestamente incomprendida, pero se presentaba como un reto para quienes reclamaban la representación exclusiva del patriotismo. Según el periodista bilbaíno, la autarquía debía ser afrontada con

gallardía porque es «la única fórmula que se ha creado para que el destino de un pueblo no vaya, a fin de cuentas, entregándose al extranjero y al enemigo por la herida de las importaciones» (*ABC*, 20-VI-1939). Iluminado por el Ideal, Jacinto Miquelarena pensaba que

Una nación no puede ni debe quedar a merced de otra por unas toneladas de patatas o por un cargamento de algodón. Una nación no puede quedar colgada toda ella del despacho que tengan en Ámsterdam, o en Londres, o en Nueva York, o en los tres sitios, un grupo de palestinoides. Una nación es siempre una isla rodeada de ambiciones y rencores por todas partes (*ABC*, 20-VI-1939).

El lenguaje de estas terceras de la inmediata posguerra, nunca recopiladas por precaución e higiene de Prensa Española, evidencia la continuidad de un espíritu belicoso con aires revanchistas y pretensiones de exterminio. Los colaboradores trazan las coordenadas del nuevo régimen mediante prohibiciones, negaciones y amenazas. Su concreción, más allá de lo explicitado en la prensa, estremece por una violencia de la que apenas conocemos nombres y apellidos. La intransigencia como articulistas estaba en consonancia con las páginas de un periódico que había dejado para más adelante su ideario «liberal y monárquico». Sin olvidar ahora, en plena posguerra, una elegancia teñida de patriotismo. En su nombre, Jacinto Miquelarena tildó de cursis a quienes se empeñaban en mantener los rótulos en otros idiomas:

La decisión de que España esté rotulada en español no tiene nada que ver con la xenofobia. Es, sencillamente, un asunto de buen gusto. En los asuntos de buen gusto, el que no lo tiene debe admitir que lo tengan los demás y debe aceptar las consecuencias. Nadie piensa que el dueño de un café que titula su establecimiento con un nombre europeo es un señor que no siente a su patria. Sucede, sin embargo, que es un cursi. Es decir, una cosa grave también cuando la juventud más generosa del mundo ha caído elegantemente para que, cuando menos, cambiemos de mentalidad los que quedamos (*ABC*, 17-X-1939).

Los avisos se daban a veces entre sonrisas, pero no dejaban de ser imperativos. La clasificación como cursi resultaba grave cuando tantos articulistas evocaban a los Caídos ante cualquier circunstancia. El espíritu belicoso permanecía en lo más alto y lo vivido en España durante la guerra se encadenaba para Jacinto Miquelarena con otro episodio: la II Guerra Mundial. La

lucha en nombre de la elegancia debía continuar. El periodista vasco entró en Madrid con las tropas de Franco y se alegró de que, desde el primer momento, hubiera colas para comprar sombreros:

Tenían los comerciantes todo el castor poliforme que se quiera, porque una cabeza sin sombrero había sido hasta entonces una cabeza perdida; y tenían, además, todos los clientes que les diera la gana, porque el señor Nemesio, el señor Higinio y sus secuaces habían decidido abandonar el mono y el descuido barberil y la mirada torva, para entregarse a una ficción de lo caballeresco por medio de la indumentaria (*Vértice*, n.º 21, 1939).

II.6. Corresponsal de guerra.

El sinsombrerismo fue «una consecuencia inmediata de la brutalidad marxista». Jacinto Miquelarena, siempre elegante, recomendaba a sus lectores que compraran un sombrero y saludaran como caballeros, porque «es una buena forma de serlo y aprender» (*ABC*, 4-V-1939). Nadie cuestionaría por entonces lo perentorio de ese aprendizaje en materia de complementos y urbanidad, sobre todo para los vencidos o los tibios. Su aceptación de los dictados estéticos de *Blanco y Negro* o publicaciones similares alentaría la «ficción de lo caballeresco», que era fruto del miedo compartido por «los amables de oportunidad» (*ABC*, 29-IX-1939), según el periodista vasco. Amables más forzosos que oportunistas, pues esos vencidos percibían la necesidad de acomodarse a la Victoria, en un Madrid donde algunos articulistas mantenían arrestos para proseguir la batalla.

Jacinto Miquelarena había vaticinado que Stalin -«este sexagenario tenebroso que trata de hacer creer al mundo que todavía es una foca joven» (*ABC*, 5-I-1940)- y los rusos provocarían un conflicto mundial por su voluntad de propagar la revolución (*ABC*, 1-VI-1939). El bilbaíno estaba listo para afrontar el desafío. Poco después, se convierte en corresponsal de guerra del diario *ABC*, a pesar de sus ironías sobre la necesidad de esta tarea:

Afirmo seriamente que, para enterarse bien de lo que ocurre en otros países, lo más práctico es comprar sus periódicos. Y para saber lo que

ocurre en París, en Londres o en Lisboa, por medio de sus periódicos, no hace falta salir de Madrid (*ABC*, 16-IX-1939).

Ya José Luis Salado había descubierto que Ceferino R. Avecilla, autor de crónicas viajeras para *El Heraldo de Madrid*, las escribía en un palomar de la Gran Vía y rodeado de revistas francesas (*La Tierra*, 23-II-1930). Su destino final fue México, pero como exiliado y sin corresponsalía. Jacinto Miquelarena no estaba dispuesto a permanecer en Madrid para saber de la guerra leyendo periódicos extranjeros. El periodista acepta un envite profesional de responsabilidad y se traslada al Berlín de un Hitler que pretendía cambiar el curso de la Historia. Toma así el relevo del exquisito César González Ruano, demasiado indolente y sinuoso para la crónica desde el frente de guerra, con sus miserias e incomodidades, y más proclive a los negocios oscuros que llegaron a irritar a los nazis en París.

A partir del momento en que Italia interviene en el conflicto como aliada de Alemania, los periódicos españoles se decantan sin ambigüedades, incluso con entusiasmo, a favor del Eje. Desde diciembre de 1940 hasta el verano siguiente, Jacinto Miquelarena en sus crónicas nunca manifiesta una explícita defensa del nazismo, pero evidencia la simpatía por «los alemanes» comandados por su líder: «Solamente cuando se ha oído un discurso del Führer por el medio directo –frente a su palabra rebotando en las paredes de una sala y frente a su gesto y su actitud- es posible comprender el dominio que este hombre ejerce sobre la gran masa alemana» (1942:40). Los servicios controlados por Goebbels confiarían en un corresponsal dispuesto a afirmar que «Hitler es, sencillamente, el ejemplar humano más perfecto que haya producido nunca la fe en carne mortal» (*Ibíd.*).

Jacinto Miquelarena tendría tiempo de justificar u olvidar estas palabras cuando, más adelante, se trasladara como corresponsal a Londres y París, pero en aquellos compases iniciales de la guerra admira el orden, la disciplina, la sobriedad y la eficacia de un país que considera superior a cualquier otro. Apenas alude a la relación de «los alemanes», nunca los nazis, con el régimen de Franco porque era un tema comprometedor. No obstante, en sus crónicas se percibe la satisfacción de quien apuesta sobre seguro, ya que «la audacia militar

del Tercer Reich no tiene límites» (1942:102). Mientras acompaña a sus tropas durante las triunfales campañas de los Balcanes y Grecia, el corresponsal transmite la confianza en una victoria inapelable: «es difícil explicar la impresión de fuerza inexorable, de pesadez y de ligereza al mismo tiempo, de ‘catástrofe’ organizada, que produce el Ejército del Reich cuando rompe una frontera» (1942:89).

La euforia reaparece con el inicio de la campaña en la URSS. El corresponsal de *ABC* considera que todos los países, incluidos Gran Bretaña y USA, debieran agradecer a Hitler su decisión de acabar con los soviets: «los maestros del crimen, los universitarios de lo siniestro» (1942:137). En sus crónicas, Jacinto Miquelarena explica que la población rusa recibía «con flores a los soldados alemanes» porque la liberaban del comunismo:

El ejército de Hitler se encontraba con una muchedumbre llena de júbilo, que aclamaba a los soldados que la libertaban de la bestialidad soviética; del espanto de todos los días y de todas las horas de caer con sus huesos en las prisiones de Siberia o de morir a manos de unos hombres que no le daban más importancia a la vida de los demás que a la vida de un conejo (1942:134).

El anticomunismo de quien acaba de vivir una guerra civil aflora en estas crónicas del frente ucraniano y ruso. El respeto a los yugoeslavos y griegos se convierte en odio hacia los nuevos derrotados por las tropas de Hitler. Jacinto Miquelarena todavía confía en que, a pesar del veleidoso presidente Roosevelt (1942:165), los norteamericanos comprendan la iniciativa de los alemanes. El objetivo común, erradicar el comunismo, debía prevalecer en esa alianza. Apenas importaba que, por el camino, los nazis hubieran erradicado de Alemania una democracia jamás añorada en las crónicas. Como tantos otros, Jacinto Miquelarena pensaba que la libertad sólo era válida si sus límites garantizaban un status inamovible.

El periodista vasco nunca parece abordar cuestiones ideológicas o políticas porque identifica el nazismo con Alemania, al igual que se hacía con el franquismo y España. La disidencia había perdido hasta la nacionalidad. Sus crónicas se centran en las campañas militares y recopilan apuntes sobre la vida en la Alemania de la retaguardia. Estos últimos incluían información cinematográfica para *Cámara*, el semanario dirigido por su amigo Tono, y

recreaciones humorísticas de la guerra para *La Codorniz*. Su estilo breve y condensado, siempre eficaz, transmite confianza a unos lectores de *ABC* convencidos de estar asistiendo a una nueva Victoria, ahora de ámbito internacional porque todo el mundo reconocía la labor precursora del general Franco.

El corresponsal siente el orgullo de participar en ese expansionismo redentor. Jacinto Miquelarena se identifica con una prensa liberada de los «pudrideros» de la libertad de expresión, gracias a Dios y a Franco (*ABC*, 29-VII-1939), y emprende la nueva campaña con la experiencia del veterano que continúa una labor iniciada en 1936. El humor permanece porque los guerreros disfrutaban de algún relajo en una retaguardia que parece inmune a la tragedia. Sin embargo, sus crónicas alcanzan cotas brillantes cuando recrean el drama de los derrotados. La fechada en Atenas el 5 de mayo de 1941 es un ejemplo de concisión a la hora de reflejar una derrota sin paliativos. La triste suerte de los soldados griegos se repite en Ucrania, donde miles de hombres caen prisioneros:

Es la interminable procesión de una muchedumbre nómada. Ya nadie les hace caso. Ya nadie les acompaña ni les vigila. Si quieren huir, podrían huir. Pero no quieren. Ni pueden. Están rotos y les pesa el engaño como una losa. Avanzan como sombras hacia el campo de concentración, uno tras otro, en un silencio de muertos que andan. Lo que quieren, seguramente, es llegar y caer sobre la hierba fresca y dormir durante años seguidos (1942:179).

II.7. Corresponsal transterrado y suicida.

El panorama era trágico, incluso para quien con el tiempo sería calificado como «el gran cronista del optimismo» (*ABC*, 15-VIII-1962). Jacinto Miquelarena lo mantuvo cuando abandonó el frente soviético y volvió a Berlín el 11 de julio de 1941. Aunque agotado después de viajar por media Europa en condiciones penosas, el corresponsal regresaba con la confianza puesta en la victoria donde iba a participar una División Azul recién incorporada al conflicto. El optimismo se convertiría en desconcierto con motivo de su precipitada vuelta a Madrid, a finales de agosto o principios de septiembre de ese mismo año. Las crónicas desde Alemania se interrumpieron sin mediar siquiera una despedida o una explicación de *ABC*. Ramón Garriga, corresponsal por entonces en la Alemania

nazi y poco después agregado de prensa en la embajada de Berlín, señala que su colega regresó a toda prisa de Rusia y abandonó la corresponsalía de *ABC* por un enfado de Ramón Serrano Suñer, cuando todavía disfrutaba de su condición de cuñado plenipotenciario. El motivo, supuestamente, fue la publicación de unos artículos en los que Jacinto Miquelarena había ironizado sobre la División Azul y el general Muñoz Grandes:

Jacinto Miquelarena fue una de las primeras víctimas de la División Azul. El veterano periodista publicó en *ABC* varias crónicas narrando su visita al campamento y se permitió hacer humor con su actuación. Luego, en otro artículo indicó que Muñoz Grandes debía su nombramiento de general de la División Azul a los buenos servicios del embajador von Stohrer. El caso fue que Miquelarena incurrió en las iras de Serrano Suñer y se vio obligado a regresar a España. Tuvo que aguardar muchas semanas para resolver su situación y reconciliarse con el cuñado de Franco, quien le dio la oportunidad de marcharse a Buenos Aires como representante de la Agencia EFE (1976:363).

La memoria revela sus limitaciones cuando los recuerdos se confrontan con la hemeroteca. Ramón Garriga conocía al periodista vasco desde que ambos trabajaron en los servicios de propaganda franquistas durante la guerra y en Salamanca. El corresponsal en Berlín acompasó su evolución con los oportunos silencios, pero manejaría información de primera mano que sólo puso por escrito con la llegada de la democracia. El oportunismo es un ejercicio de cálculo. Sin embargo, resulta inverosímil que se publicara semejante osadía de Jacinto Miquelarena en España cuando el cuñadísimo, antes de caer en desgracia, ejercía de celoso guardián de los intereses nazis y el periódico madrileño no le andaba a la zaga, a pesar de algunos aparentes equilibrios. Por otra parte, las crónicas de los corresponsales pasaban el filtro de la censura de los alemanes, dirigida por Goebbels, antes de llegar a los periódicos (Garriga, 1945:6). Cualquier desliz se pagaba caro. Tal vez todo se redujera a comentarios entre periodistas a la vista de lo sucedido con la División Azul tras su llegada al campamento de instrucción, en julio de 1941. Hubo sorpresas y malentendidos durante esas fechas, incluso indiferencia por parte de algunas autoridades nazis que menospreciaban la ayuda franquista. El sentido del humor pudo jugar una mala pasada a un Jacinto Miquelarena distendido en alguna charla con colegas.

El 1 de agosto de 1941, el corresponsal de *ABC* publica una crónica escrita en el campamento del cuerpo expedicionario comandado por el general Muñoz Grandes. Jacinto Miquelarena se deja llevar por el entusiasmo al describir el juramento de sus compatriotas y el posterior desfile, pero comete la imprudencia de reproducir, literalmente, el texto pronunciado por el oficial nazi:

¿Juráis ante Dios y por vuestro honor de españoles, absoluta obediencia al jefe supremo del Ejército alemán, Adolfo Hitler, en la lucha contra el comunismo, y juráis que combatiréis como valientes soldados, dispuestos a dar vuestra vida en cada instante por cumplir este juramento?

«Absoluta obediencia al jefe supremo del Ejército alemán...». El juramento de los soldados españoles se realizó mediante una fórmula que no incluía a Franco ni a España. El texto, que convertía a la División Azul en una unidad militar a las órdenes de Hitler, escapó al lápiz de la censura franquista, por aquel entonces convencida de la identidad entre los nazis y el régimen resultante de la Victoria (Sinova, 1989:228-229). Algunos jefes del mismo pronto comprendieron la inconveniencia de explicitar en la prensa una subordinación con la que se debía guardar cierta distancia. Jacinto Miquelarena se equivocó al prescindir de la jefatura del general Franco y anunciar, con tan buena fe como ingenuidad, nuevas entregas: «Hablaemos de todo. De cómo viven los de la División Azul; de lo que comen; de lo que dicen; de lo que escriben; de lo que leen y de lo que esperan. Vivo con ellos en el campamento». Cuatro días después, aparece el primero y único resultado de ese propósito. Jacinto Miquelarena escribe que «todos están contentos y su entusiasmo por hallarse en la División Azul y cara al frente es enorme». A continuación, comete un error que colmaría el vaso hasta el punto de costarle el cese:

Advierto a los que leen mis crónicas de ordinario que estos reportajes del campamento de la División Azul en Alemania se escriben, casi exclusivamente, para las mujeres que tienen aquí a los que quieren. Yo sé lo que ellas esperan saber y se lo digo. Yo sé también lo que estos hombres –que están de buenos como no hay idea- desean que se cuente (*ABC*, 5-VIII-1941).

Jacinto Miquelarena piensa en las sufridas esposas, madres y novias de los guerreros. Sin embargo, ignora lo que deseaba leer Ramón Serrano Suñer, probablemente molesto por la publicidad dada al juramento y la conversión de la

crónica en una carta colectiva a esas mujeres preocupadas por la intendencia y la salud. El periodista detalla las prendas repartidas a los expedicionarios, las comidas organizadas con el humor de unos patriotas y hasta las diversiones, bastante ingenuas, de que disfrutaban tras una agotadora jornada de instrucción. El cuñado en funciones de ministro echaría de menos el heroísmo y la trascendencia en aquellos párrafos, a pesar de que terminaran con un comentario del general Muñoz Grandes, convencido de que sus tropas recibirían las máximas condecoraciones de los nazis. Jacinto Miquelarena había dado un toque humano a su crónica. Su osadía le valió un cese fulminante jamás admitido y hasta ocultado por los responsables de *ABC*. La discreción del silencio también era obligatoria para los vencedores.

A partir del 17 de agosto, la información sobre el frente germano-soviético en dicho diario proviene de la agencia EFE, hasta que el 6 de septiembre de 1941 aparece una crónica firmada por Felipe Sassone. El dramaturgo y literato era poco antes el corresponsal en una Roma donde había dejado atrás sus tiempos de la bohemia. En la hemeroteca no he encontrado explicaciones sobre el paradero de Jacinto Miquelarena durante los últimos meses de 1941. Tampoco aparece su firma en las terceras, ni siquiera en las páginas deportivas de su periódico. Hasta ese verano había personalizado para los lectores de *ABC* una información del frente con demasiados nombres exóticos. Un comentario, un desliz, una broma, una relación de los calzoncillos y los calcetines recibidos para combatir el frío... Los tiempos eran duros, también para algunos vencedores atentos a los designios, inescrutables, del poder. Estas cuestiones de las caídas en desgracia se resolvían en los despachos y nunca se comentaban en voz alta. El silencio era condición indispensable para propiciar una salida más o menos honrosa.

La guerra agota a cualquiera, incluso a los *sportman* acostumbrados a trasladarse de un frente a otro durante años. Tras un período de forzoso descanso en España y una prolongada estancia en la Argentina peronista al servicio de la agencia EFE, que le permitió recopilar centenares de frases para su obra *El lenguaje del amor* y lucir sus conocimientos gastronómicos en

*Mesones y comidas en la época de Cervantes*²², al periodista bilbaíno le esperaba una corresponsalía de *ABC* y *Diario de Barcelona* en Londres (*ABC*, 1-V-1949). Sus tareas de corresponsal incluían las crónicas londinenses publicadas en *La Codorniz*. (Llera, 2003:125). Eran una continuación, pacífica, de las que durante la guerra había mandado desde Berlín para *Cámara* y la citada revista de humor, encabezada por Álvaro de La Iglesia, a quien conoció en Alemania cuando servía como voluntario de la División Azul.

Jacinto Miquelarena alternaba las crónicas en *La Codorniz* con las recomendaciones para los matrimonios que acuden al cine porque ya no tienen nada que decirse (n.º 37, 15-II-1942), la parodia de supuestos cuentos inéditos de Mark Twain (n.º 388, 17-IV-1949), los consejos a los naufragos en islas solitarias (n.º 387, 10-IV-1949), las greguerías de inspiración ramoniana (n.º 395, 9-V-1948), las instrucciones para aprender a amar por correspondencia (n.º 378, 6-II-1949) y una larga serie de retratos de tipos populares iniciada en el número 393 (22-V-1949)²³. El periodista vasco también colaboró en *El Correo Español*, *Fénix*, *El Español* y *Clarín* para ganarse la vida a base de artículos nunca demasiado bien pagados. En la capital inglesa convivió con la argentina Felicitas Flores mientras su esposa permanecía en Madrid, cultivó su afición a comer con regalo y, sin apenas lanzarse a la calle para captar la actualidad, procuró redactar noticias agradables en sintonía con unos tiempos menos belicosos:

Por primera vez en el Albert Hall un solista cantante, rompiendo la augusta tradición de la sala, lanzó un inesperado ataque contra el frac de rigor y apareció en el tablado en mangas de camisa y con el cuello abierto [...] la crítica destaca la incorrección del divo y su impaciencia por sovietizar una de las salas más famosas del mundo (*ABC*, 16-XII-1949).

La noticia justifica una corresponsalía en Londres. Las lectoras se escandalizarían al comentarla durante unas visitas como las recreadas en las comedias de Miguel Mihura. Sus maridos, más prácticos, se reafirmarían en la

²² Jacinto Miquelarena era un coleccionista de ediciones cervantinas, fundamentalmente en lengua inglesa, según atestigua Jesús Prado (1996:253).

²³ Santiago Aguilar y Felipe Cabrerizo datan la incorporación de Jacinto Miquelarena a la redacción de *La Codorniz* en el número 22. Su primera colaboración se titula «La única verdad sobre la muerte de Manolesco». Trata sobre los corresponsales de guerra, situando la acción durante la ofensiva alemana contra Smolensko, en el verano de 1941, que es el motivo de la última de sus crónicas bélicas para *ABC* (15-VIII-1941). Tal vez el enfado de Ramón Serrano Súñer también se debiera a esta duplicidad como corresponsal.

tranquilidad de saber que, gracias a Franco, ningún divo pretendería sovietizar un teatro español o romper «la augusta tradición». En Madrid, los camaradas de Ramón Serrano Suñer habían cedido ante un franquismo dispuesto a disimular sus orígenes para dar una apariencia de normalidad y jugar la baza anticomunista. Los correaes y los uniformes empezaron a quedar para las funciones de atrezzo protagonizadas por los incombustibles. El régimen pronto sería recompensado por las potencias occidentales, mientras que el censor del corresponsal, el cuñado, empezaba el camino de una hábil conversión al liberalismo sin que las mentiras afearan su elegancia.

El atrabiliario Ángel Alcázar de Velasco (falangista, espía, novillero, periodista y, sobre todo, mentiroso compulsivo) afirma que Jacinto Miquelarena también espía al servicio de los nazis y los nipones durante la guerra (1979). Resulta imposible por una simple cuestión de fechas. El periodista bilbaíno nunca tuvo problemas relacionados con su pasado junto a los alemanes para ejercer la corresponsalía en Londres, a pesar de que, al igual que la mayoría de sus colegas españoles en la capital londinense, despreciaba la democracia inglesa «como decadente camuflaje del poder de cuatro judíos agazapados en la City» (Pardo, 1996:252).

La posibilidad del espionaje merecería la recreación de una ficción más inclinada a lo rocambolesco que a la mediocridad de los datos. En cualquier caso y puestos a suponer, tal vez el corresponsal «transterrado» coincidiera en la capital londinense con el buen humor del republicano Esteban Salazar Chapela, por entonces en un exilio reflejado en su novela *Perico en Londres* (1947). En la misma se habla de algunos restaurantes españoles donde se agrupaban los exiliados que, añorantes, deseaban saber «algo de allá» y leían ejemplares atrasados de *ABC*, a sabiendas de que el periódico era de «los curas, los militares y la plutocracia egoísta» (1947:124). El arquitecto Perico Mejía, el protagonista, intenta comprender la realidad de un exilio con reiterados antecedentes históricos, pero nada dice de los corresponsales franquistas porque la división se mantenía más allá de la frontera.

Según la necrológica de Alfonso Barra publicada en *ABC*, Jacinto Miquelarena era «el periodista que siempre tenía una noticia agradable. Por

honestidad redactaba las informaciones completas, y por afecto al lector suprimía a veces lo que iba contra su paz. Ante todo respetaba el sosiego del que coge un periódico para enterarse de las cosas del mundo, sin tintes sensacionalistas». En los átomos veía un arma compleja al servicio del equilibrio internacional y, atento al citado sosiego, Jacinto Miquelarena nunca sugirió la hipótesis de una alteración de ese equilibrio. Habían quedado atrás los años del entusiasmo por Hitler y tampoco convenía remover su recuerdo. Resultaba preferible mantener la elegancia de un atento comensal y ocurrente conversador con aires de tipo wildeano. Por aquel entonces, Jacinto Miquelarena era, según su colega Jesús Pardo, «alto, macizo, lento de ademanes y premioso y estudiado de palabra, vivo retrato de una torre inclinada en permanente trance de desladrillamiento; cada aliento de su falso aplomo exhalaba corta, serpenteante, suspicaz atención a zancadillas» (1996:252). La suspicacia estaba justificada por motivos personales y profesionales de quien no podía volver a Madrid con su amante argentina y, además, sospechaba que su tiempo había terminado. La alternativa era repartir ingeniosidades volterianas entre los amigos de confianza y, en sus artículos, hacer gala del humor como filosofía vital para disfrutar de un presente convenientemente tranquilo tras una etapa de amenazas y fanatismos.

Jacinto Miquelarena habría comprendido que no se hablara en público, y menos en las páginas impresas, de su suicidio el 10 de agosto de 1962. El escenario del luctuoso suceso fue una estación del Metro parisino cercana a su domicilio, en el barrio de Auteuil. La discreción era una de sus reglas de caballero acostumbrado a vivir en el límite de lo admitido. No convenía cargar las tintas de una decisión que, según algunos familiares y amigos, adoptó tras recibir una carta de Luis Calvo, a la sazón director de *ABC*. Este singular personaje («faldero y decidor, chispeante y culto», según Torcuato Luca de Tena) todavía espera una novela escrita sin temor a lo políticamente correcto (Vicent, 1981). En dicha carta, el director le criticaba por su labor como corresponsal en París desde 1960 (Carbajosa, 2003:255). El yerno de Jacinto Miquelarena, José M.^a Zaldívar, fue desterrado de Madrid durante seis meses y multado como responsable de un delito de injurias graves, por escrito y sin publicidad, a la entidad Prensa Española (*ABC*, 23-III-1965). Su condición de procurador en las Cortes

franquistas y sus actividades de propagandista católico a machamartillo no le salvaron de la pena. Articulistas como Francisco Umbral no corrieron la misma suerte, a pesar de mantener idéntica opinión sin datos o pruebas: Luis Calvo era «una mala persona y le mandó una carta a París cesándole sin ningún derecho. Miquelarena se tira al metro de París y le encuentran en el bolsillo la carta de Calvo, del día anterior. Es lo que se llama el crimen perfecto o un asesinato a distancia» (1994:134). Luis Moure Mariño evita la tentación novelística cuando atribuye el suicidio de su amigo a la soledad y la enfermedad (1989:110). El proceso judicial seguido contra el yerno fue el lamentable epílogo de una colaboración de cuarenta años. Todavía permanece a la espera de una antología como reconocimiento por parte del diario monárquico.

Jacinto Miquelarena, cumplidos los setenta años y a la espera de una delicada operación quirúrgica a raíz de un cáncer diagnosticado en Londres, merecía la jubilación. El agotamiento era incompatible con la condición de «escritor de fino estilo humorístico», cuya vulnerable vanidad sufriría la angustia ante «la perspectiva de un Madrid donde estaría en desgracia y su brillo no deslumbraría a nadie» (Pardo, 1996:253). El veterano periodista no se encontraba en disposición de salpimentar con rasgos de ingenio sus crónicas desde un París en ebullición, alejado del que conociera como estudiante. Tal vez la carta de Luis Calvo fuera injusta por las alusiones a la insuficiencia de su trabajo periodístico. El director de *ABC* y antiguo espía al servicio de los nazis nunca se caracterizó por su ecuanimidad. En el drástico final también pesaría la voluntad de evitar una vejez achacosa, problemática en lo sentimental y sin los placeres de un *sportman* que nunca mostró deseos de permanecer encerrado en la España de la Victoria. Jacinto Miquelarena optó por ser un corresponsal transterrado. Un sujeto que ni pertenece a su sociedad, una vez que ha salido de ella, ni puede hacer suya la extranjera. Su caso no fue el único entre los exquisitos (Eugenio Montes, Agustín de Foxá...) que formaron parte de la corte literaria de José Antonio Primo de Rivera, pero la desgracia llegó cuando esa lejanía de Madrid o Bilbao se convirtió poco menos que en irreversible.

Jacinto Miquelarena sabía que su tiempo sólo formaba parte del pasado. Al igual que Edgar Neville y otros compañeros generacionales, había recurrido a

la ficción para revivir la idealizada imagen de una sociedad de señoritos y mayordomos, tan fieles como ocurrentes en el Madrid de 1900. El periodista bilbaíno, junto con otros escritores falangistas, sintió la nostalgia complaciente «por el mundo abolido del *ancien Régime* en sus facetas más superficiales y placenteras» (Mainer, 1971:247). *Don Adolfo, el libertino* (1940) es, según Ángel Valbuena Prat, «una cordial visión del mundo lejano del novecientos» (1948:7)²⁴. Son palabras de un amigo para valorar una novela fallida sobre un libertino alicorto, que se limita a mantener amores con una casada, disponer de un maniquí para perfeccionar su arte de desnudar a las amantes y conducir un coche deportivo mientras prepara el próximo sablazo. Al final, Adolfo de la Patilla Real y de la Buena Granja, marqués de Solocoeche y tipo codornicesco, sienta cabeza gracias a su novia: «¡Un ángel!» (1948:146). En consonancia con su autor, Adolfo apuesta por «el corazón» para huir de cualquier asomo del «crudo materialismo» que fuera rechazado en las páginas de *La Codorniz*, todavía de Miguel Mihura. El «precio de las patatas», epítome de la vulgaridad, no debía ser digno de la atención de aquellos humoristas enfrentados a la trayectoria de la revista bajo la posterior dirección de Álvaro de Laiglesia.

El desenlace de *Don Adolfo, el libertino* es convencional. El problema radica en la escasa soltura de Jacinto Miquelarena para abordar unas tareas novelísticas a las que nunca volvería²⁵. La insistencia habría sido un ejemplo de mal gusto. El corresponsal de *ABC* sabía que su arte se basaba en la brevedad.

²⁴ El germen de la novela se encuentra en el cuento *El entierro de Carpóforo* (1939:9-18), pero el resultado defraudó las expectativas: «Algún día, quizá, daré a la estampa la Vida de Carpóforo. Carpóforo fue un criado fiel y un criado por temperamento. Juro por mi honor que ese día será de júbilo para mí, porque el mundo ha de quedar estupefacto» (p. 9).

²⁵ *La Libertad* anunció el 26 de noviembre de 1933 la publicación de un volumen del vasco titulado *La vida en la Luna*, que se inscribiría en su línea humorística. Jacinto Miquelarena escribió esporádicamente para el teatro. *El joven piloto* fue una zarzuela estrenada en el teatro Calderón de Madrid (7-XII-1934), escrita en colaboración con Luis Urquijo Landecho, marqués de Bolarque, y el maestro Juan Tellería, el compositor del himno falangista. La obra, ambientada en la España del 98, pone en escena un mensaje regeneracionista acorde con el falangismo de los autores. Luis Urquijo se dedicó a sus negocios, mientras que Jacinto Miquelarena comprendió que, pasadas las urgencias del propagandismo, lo suyo no era el escenario zarzuelero. Sin embargo, las representaciones fueron apoyadas por los responsables culturales del gobierno conservador (*ABC*, 24-XII-1934) y la noticia divulgada por la revista *Ciudad*, donde Alfredo Muñiz entrevista a los autores, que animados por el supuesto éxito anuncian nuevas obras y el estreno en Londres (n.º 1, 26-XII-1934). Todo quedó en nada. Según Juan Manuel Bonet, en 1931 Jacinto Miquelarena había estrenado, en el teatro Campos Elíseos de Bilbao, su *sketch* ferroviario y pugilístico titulado *¡Fácil!*, con decorado de Mary Vallejo, y en un programa junto a *Jardín*, de Manuel de la Sota (1995:418).

Su fuerte era la redacción de unos apuntes salpicados con humor para recrear unas observaciones justas y certeras, a menudo intrascendentes. El viajero nunca se perdió en aquella geografía urbana de la modernidad de un elegante. Jacinto Miquelarena evitó las disquisiciones y los tópicos porque satisfizo su «hambre de ver» sin recurrir a las experiencias ajenas, pero a finales de los años cuarenta su mundo sólo estaba en la melancolía del recuerdo. Afrontó la carencia con optimismo mientras le acompañó la salud. Llegada la decadencia de la vejez, y sin posibilidad de volver en paz a su país para disfrutar en la barra de Perico Chicote, junto con los amigos de otros tiempos, al fornido *sportman* le convenía también ser breve. La resistencia del enfermo supone una amenaza para cualquier resto de elegancia.

En la España franquista ninguna persona de orden se suicidaba. Su muerte se transformó en un accidente. El veterano periodista incluso andaba ese día «en urgente búsqueda de la noticia», según el corresponsal en París del diario *Madrid*. Se daba así a Jacinto Miquelarena un halo dinámico. Resultaba impropio para su condición de superviviente del pasado, pero la imagen era coherente con las fotos de archivo rescatadas para la ocasión, con un periodista de sus tiempos de *sportman* que en nada se parecía al atropellado por un metro de París.

Jacinto Miquelarena sabía de su decadencia y rechazaría la posibilidad de convertirse en una víctima o un perdedor. La alternativa pasaba por una decisión tajante que resolviera tantas asechanzas. El suicidio era su fórmula para evitar un desenlace que podía desembocar en el melodrama rechazado, por vulgar, entre quienes huyeron del «dicentismo» porque se consideraban elegantes. Otros historiadores de la literatura obvian los episodios inconvenientes de su trayectoria, prescinden de las hemerotecas porque su consulta siembra dudas y siguen pensando que la elegancia de este grupo generacional era genética e inmune a la Historia. Su tesis tranquiliza al lector y hasta resulta simpática. El problema, no obstante, es que aquella embarrada época de guerras y victorias salpicó también a quienes procuraron el aticismo de la brevedad. Algunos se convirtieron en patéticos globos hinchados a base de

silencios y disimulos. Conviene recordarlo como aviso para caminantes e historiadores remolones a la hora de consultar las hojas volanderas.

Bibliografía:

- ALARCÓN SIERRA, Rafael (2010), *Una rana viajera. Las crónicas y los libros de viaje de Julio Camba*, Sevilla, Renacimiento.
- ALCÁZAR DE VELASCO, Ángel (1979), *Memorias de un agente secreto*, Barcelona, Plaza Janés.
- ARAQUISTAIN, Luis (1920), *El peligro yanqui*, Valencia, Sempere.
- BONET, Juan Manuel (1995), *Diccionario de las Vanguardias en España, 1907-1936*, Madrid, Alianza.
- CAMBA, Julio (1934), *La ciudad automática*, Madrid, Espasa-Calpe.
- ____ (1939), *Londres*, Madrid, Espasa-Calpe.
- ____ (1947), *Un año en el otro mundo*, Madrid, Espasa-Calpe.
- CAMPMANY, Jaime (1994), «¡Qué país, Miquelarena!», *ABC*, 26-II-1994.
- CAÑAS, Dionisio (1994), *El poeta y la ciudad. Nueva York y los escritores hispanos*, Madrid, Cátedra.
- CARBAJOSA, Mónica y Pablo (2003), *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica.
- DÍAZ-PLAJA, Fernando (1998), *Wenceslao Fernández Flórez. El conservador subversivo*, La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- FERNÁNDEZ, Pelayo H. (1981), «Norteamérica vista por Ramón Pérez de Ayala y Julio Camba», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 367-369, pp. 71-80.
- FERNÁNDEZ FLOREZ, Wenceslao (1919), *Las gafas del diablo*, Madrid, Pueyo.
- ____ (1932), «Holanda», *La conquista del horizonte. Viajes*, II, Madrid, Pueyo, pp. 167-298.
- ____ (1945-1968), *Obra completa*, Madrid, Aguilar.
- ____ (2009), *Artículos selectos*, ed. José A. Llera, Pontevedra, Diputación.
- GALLEGO MORELL, Antonio (1969), *Literatura de tema deportivo*, Madrid, Prensa Española.
- GARCÍA CANDAU, Julián (2007), *El deporte en la guerra civil*, Madrid, Espasa.
- GARCÍA LORCA, Federico (1981), *Poeta en Nueva York. Tierra y Luna*, ed. Eutimio Martín, Barcelona, Ariel.
- GARCÍA RUIZ, Víctor (2010), *Teatro y fascismo en España. El itinerario de Felipe Lluch*, Madrid, Iberoamericana Vervuert.
- GARRIGA, Ramón (1945), *El ocaso de los dioses nazis*, Madrid, Atlas.
- ____ (1976), *La España de Franco. Las relaciones con Hitler*, Madrid, G. del Toro.
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto (1928), *Hércules jugando a los dados*, Madrid, La Nave.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1998), *Diario de un poeta reciencasado*, Madrid, Cátedra.
- LLERA, José Antonio (2003), *El humor verbal y visual de La Codorniz*, Madrid, CSIC.

- LÓPEZ DE ZUAZO ALGAR, Antonio (1981), *Catálogo de periodistas españoles del siglo XX*, Madrid. UCM.
- MAINER, José-Carlos (1971), *Falange y literatura*, Barcelona, Labor.
- ___ (1976), *Análisis de una insatisfacción: las novelas de W. Fernández Flórez*, Madrid, Castalia.
- MARTÍNEZ CACHERO, José M^a (2009), *Liras entre lanzas. Historia de la literatura "nacional" en la Guerra Civil*, Madrid, Castalia.
- MIHURA, Miguel (2007), *Epistolario selecto de Fuenterrabía (1928-1977)*, ed. de José A. Llera, Sevilla, Ediciones Espuela de Plata.
- MIQUELARENA, Jacinto (1929), *El gusto de Holanda*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Reed., Madrid, *La Novela del Sábado*, nº 28, 1939.
- ___ (1930), *...Pero ellos no tienen bananas (El viaje a Nueva York)*, Madrid, Espasa-Calpe.
- ___ (1931), *Veintitrés*, Madrid, Espasa-Calpe.
- ___ (1934), *Stadium (notas de sport)*, Madrid, Espasa-Calpe. Reed., Madrid, Comité Olímpico Español, 1965.
- ___ (1937), *Cómo fui ejecutado en Madrid*, Ávila, Imp. Católica Sigirano Díaz.
- ___ (1938a), *El otro mundo*, Burgos, Ediciones Castilla.
- ___ (1938b), *El gran circo de la alegría*, San Sebastián, Col. Aventuras de Pepinillo y Garbancito, nº 1.
- ___ (1938c), *Pepinillo y Garbancito en las tierras del Cid*, San Sebastián, Col. Aventuras de Pepinillo y Garbancito, nº 2.
- ___ (1939), *Cuentos de humor*, San Sebastián, Lib. Internacional.
- ___ (1942), *Un corresponsal en la guerra*, Madrid, Espasa-Calpe.
- ___ (1946), *El joven piloto*, Barcelona, Gráfica Seix y Barral Hnos.
- ___ (1947), *Mesones y comidas en la época de Cervantes*, Buenos Aires, Publicaciones de Estudios Hispánicos.
- ___ (1948), *Don Adolfo, el libertino*, Buenos Aires, Espasa-Calpe (1^a ed., Madrid, Ediciones Españolas, 1940).
- ___ (1951), *El lenguaje del amor y las mil y una frases peregrinas*, Madrid, Aguilar (1^a ed., Buenos Aires, Ed. Cimera, 1945).
- MORENO VILLA, José (1976), *Vida en claro*, México, FCE. 1^a ed. 1944.
- ___ (1989), *Pruebas de Nueva York*, Valencia, Pre-Textos. 1^a ed. 1927.
- MORLA LYNCH, Carlos (2010), *Informes diplomáticos y diarios de la Guerra Civil*, Sevilla, Espuela de Plata.
- MOURE MARIÑO, Luis (1989), *La generación del 36. Memorias de Salamanca y Burgos*, A Coruña, Edición do Castro.
- OLMOS, Víctor (2002), *Historia del ABC*, Barcelona, Plaza Janés.
- ORTEGA Y GASSET, José (1925), *La deshumanización del arte*, Madrid, Alianza, 1994 (9^a ed.).
- PARDO, Jesús (1996), *Autorretrato sin retoques*, Barcelona, Anagrama.
- PLA, Josep (2002), *Dietarios I*, Madrid, Espasa-Calpe.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1959), *El país del futuro. Mis viajes a Estados Unidos*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- RÍOS CARRATALÁ, Juan A. (2005), «Miguel Mihura también fue a la guerra, aunque poco», VV.AA, *Miguel Mihura cumple un siglo*, Madrid, Comunidad de Madrid, pp. 99-116.
- ___ (2007), *Una arrolladora simpatía: Edgar Neville*, Barcelona, Ariel.

____ (2010), *El tiempo de la desmesura. Historias insólitas del cine y la guerra civil*, Barcelona, Barral y Barril-Universidad de Alicante.

RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio (1986), *Literatura fascista española*, Madrid, Akal.

SAHAGÚN, Felipe (1986), *El mundo fue noticia. Corresponsales españoles en el extranjero*, Madrid, Fundación Banco Exterior.

SÁIZ, M^a Dolores y M^a Cruz SEOANE (1996), *Historia del periodismo en España. III: El siglo XX: 1898-1936*, Madrid, Alianza.

SALAZAR CHAPELA, Esteban (1947), *Perico en Londres*, Buenos Aires, Losada.

SINOVA, Justino (1989), *La censura de prensa durante el franquismo (1936-1951)*, Madrid, Espasa-Calpe.

TRAPIELLO, Andrés (2010), *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil, 1936-1939*, Barcelona, Destino.

UMBRAL, Francisco (1994), *Las palabras de la tribu*, Barcelona, Planeta.

VV.AA. (1935), *Almanaque Literario de 1935*, Madrid, Plutarco.

VICENT, Manuel (1981), «Maldades, ternuras y otros duendes de Luis Calvo», *El País*, 11-VII-1981.

ZALDÍVAR MIQUELARENA, Leticia (2010), *Vida y obra de Jacinto Miquelarena*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Zaragoza.²⁶

²⁶ Esta tesis no la he podido consultar por la negativa de la autora a dar la preceptiva autorización.